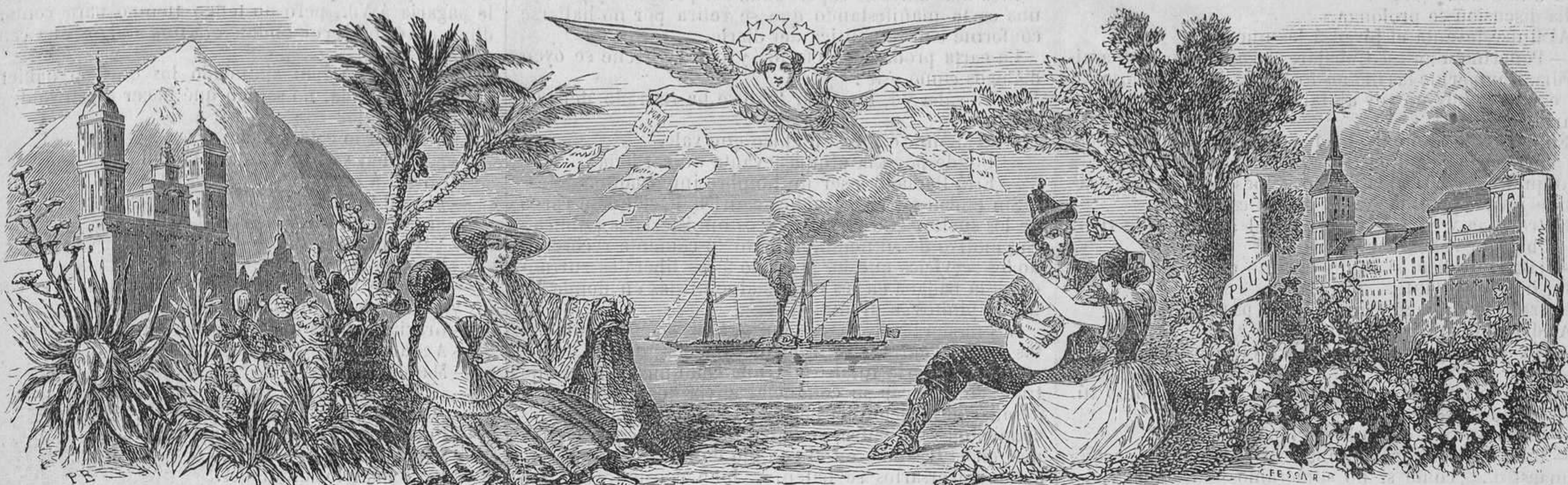


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 28. — N° 841.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

## SUMARIO

El vice-almirante Hobart-bajá, comandante de la escuadra otomana del Mediterráneo; grabado. — Revista española. — Fábula. — Los indios de los Estados Unidos; grabado. — Exequias del príncipe real de Bélgica; grabados. — Revista de Paris. — Los obeliscos egipcios y el simbolismo del valle del Nilo; grabados. — El «Hércules»; grabado. — Debe y haber, novela escrita en alemán por Gustavo Freltag. — El Zorro; grabado. — Museo de Armas del emperador de Rusia en Tzarskoé-Selo; grabado. — Manuela, novela original por Eugenio Díaz. — Problemas de ajedrez; grabado. — César Fracassini; grabado.

## El vice-almirante

HOBART-BAJA,

COMANDANTE DE LA ESCUADRA OTOMANA

DEL MEDITERRÁNEO.

Augusto Carlos Hobart, nacido el 1° de abril de 1822, es el tercer hijo del conde de Buckinghamshire y pertenece á una de las mas antiguas familias del condado de Norfolk.

Sir James Hobart, attorney general y miembro del consejo privado bajo el reinado de Enrique VII, fué el primero que brillantemente supo ilustrar esta casa, y desde entonces varios miembros de la familia ocupan altos puestos en el gobierno y tienen asiento en la Cámara de los Comunes. En 1728, sir John Hobart, fué elevado á la dignidad de par, y doce años despues, en 1740, fué creado conde de Buckinghamshire, con herencia en la familia.

El conde de Buckinghamshire actual, sexto de este nombre desde 1849, padre de sir Augusto Carlos Hobart, nació en 1793.

El conflicto ocurrido entre el vapor de la insurreccion cretense el *Enossis*, capitan Sourmeli, y el aviso turco el *Izedin*, acaba de poner en evidencia al comandante de la escuadra otomana en las aguas del Mediterráneo, el vice-almirante Hobart-Bajá.

Dotado de una gran fuerza de carácter y de una extraordinaria inteligencia, puede decirse que la palabra imposible no existe para Hobart-

bajá. Habiendo entrado muy jóven en la carrera marítima, ascendió rápidamente, y en poco tiempo (1831) llegó á ser alférez de navío, y despues capitán de la marina real británica.

En 1848 se casó con una hija de sir Colquhoun-Grant, que es una de esas señoras que reúnen á las nobles virtudes de su sexo, un valor y una fuerza de voluntad perfectamente de acuerdo con el carácter de su esposo.

En 1867 Hobart entró al servicio del gobierno otomano, en reemplazo de Muschaver-bajá, capitán de la marina inglesa, hoy retirado, en calidad de contra-almirante y con el título de bajá (muchir) y recientemente acaba de ser nombrado vice-almirante.

El vice-almirante Hobart-bajá, es el mismo que con el nombre de capitán Robert, forzó diez y ocho veces el bloqueo de los puertos americanos en la última guerra.

El nuevo comandante de la marina otomana ha sabido distinguirse en la administracion del almirantazgo, en calidad de consejero del ministro, lo mismo que en sus mandos, por una organizacion inteligente adaptada á los progresos del siglo.

Al anuncio del rompimiento de relaciones con la Grecia, el gobierno de Su Majestad imperial el sultan le confió las fuerzas de la marina en el Mediterráneo.

La cuestion del *Enossis* que tanto ruido ha hecho, es conocida ya de nuestros lectores, pues tratamos de ella en uno de los últimos números de este periódico.

Hoy añadiremos que una comision compuesta de comandantes europeos y griegos está reunida en Syra para juzgar si el *Enossis* debe considerarse como corsario, y si por consiguiente, sus actos deben castigarse como actos de piratería. La comision no ha resuelto nada todavía.

En todo caso la Turquía ha hecho una excelente eleccion al confiar á Hobart-bajá el mando de su marina.

¿Cuál será el desenlace del conflicto? La Europa no tardará en saberlo; pero si estalla la guerra, parece ser que el vice-almirante otomano está resuelto á desplegar en ella la mayor energía. E. R. D.



Hobart-bajá, comandante de la escuadra turca del Mediterráneo.

## Revista española.

Manifestaciones. — Los pobres. — Historia de un holgazán. — Los hombres importantes. — Dos tipos. — Las elecciones. — Episodios cómicos. — Teatros. — Un café-cocina. — Misterios de un periódico.

En Madrid todo son manifestaciones. Una de las principales, la mas trascendental sin duda, es la del pauperismo.

Y digo esto, porque no hay calle ni plaza en donde los hijos de la holgazanería no expongan su estudiada y repugnante miseria.

Los pobres de oficio que hoy nos acosan, son una verdadera plaga, y una plaga temible, porque de su seno nacen los criminales.

Pero ya que hablo de la pobreza de profesion, ¿quieren Vds. buscarla conmigo en su origen?

Pues vedla; es un jóven de veinte años, robusto, guapo, su rostro revela una salud á toda prueba.

Son las ocho, y está en la cama todavía.

— Anda, arrastrao, le dice su pobre madre, viuda y mas amable de lo que parece. ¿A qué hora vas á ir al taller?

— Déjeme Vd. en paz.

— No te dejas, tunante, que me







ESTADOS UNIDOS : Guerra contra las tribus indias. — Combate de Washita.

James Lang

**Exequias del príncipe real de Bélgica.**

La fotografía del príncipe real de Bélgica que reproducimos, se halla hoy en todas las familias belgas como un tierno recuerdo del martirio del pobre niño. ¡Interesante imagen! Diríase que la muerte ha querido respetar sus facciones, y si las ha tocado con su dedo ha sido para hacer su semblante más dulce y angelical todavía. ¡Adios las coronas de la tierra! El niño mártir está hoy coronado con la eterna aureola.

« A las once de la mañana del sábado 23 de enero, colocóse en un ataúd compuesto de tres cajas y forrado de seda blanca, el cadáver del príncipe real, acto que se verificó en presencia del rey y de la reina, de monseñor el arzobispo de Malinas y de varias personas de palacio. Esta triste ceremonia produjo una escena en alto grado desgarradora.

Desde el principio de la mañana en que ocurrió el fallecimiento del príncipe real, acudió a Laeken una verdadera procesion de curiosos, sin duda con la esperanza de poder entrar en la sala convertida en capilla ardiente en que se hallaba depositado el cadáver, mas todo ese gentío tuvo que detenerse á la puerta de palacio y volverse á Bruselas sin conseguir su objeto.

El domingo llegaron á dicha ciudad varias comisiones de diferentes municipalidades con el objeto de pasar muy temprano á Laeken para asistir al entierro

del príncipe real formando parte del cortejo oficial. Los preparativos se principiaron la víspera para enlutar la iglesia de Santa Gudula de Bruselas y Nuestra Señora de Laeken.

A las diez de la mañana del lunes se verificaron las exequias de S. A. R. el duque de Brabante en la iglesia de Laeken. Las principales calles del pueblo, especialmente las de la carrera, estaban adornadas de banderas y emblemas de luto. Desde el amanecer se dispararon cañonazos cada media hora, y mas tarde cada cinco minu-

tos, hasta que terminaron las ceremonias del entierro.

El clero, conducido por el arzobispo de Malinas y los obispos de las demás diócesis, se trasladó á las diez y treinta minutos al palacio, y únicamente el alto clero penetró en la sala fúnebre donde se hallaba expuesto el féretro. El rey se presentó despues con el conde de Flandes, y el numeroso cortejo se puso en marcha precedido de la música del regimiento de guias y un escuadron de este regimiento. Llevaban el ataúd doce sargentos de todas las armas, y las cintas generales, ministros y el presidente de la Cámara de los representantes.

El templo estaba modestamente tapizado de negro, y en medio de la nave se alzaba un catafalco tambien muy sencillo. Ofició el párroco de Laeken, auxiliado de los curas de cuatro parroquias de la capital. Despues de la misa el féretro fué trasladado á la capilla lateral de Santa Bárbara, adonde le siguió el rey, quien, despues de depositar una corona sobre los restos de su hijo, se arrodilló y rezó algunos instantes.

El féretro fué depositado provisionalmente en el panteon donde descansan el rey Leopoldo I y la reina Luisa Maria, hasta que la nueva iglesia de Laeken pueda servir de sepultura á la familia real.

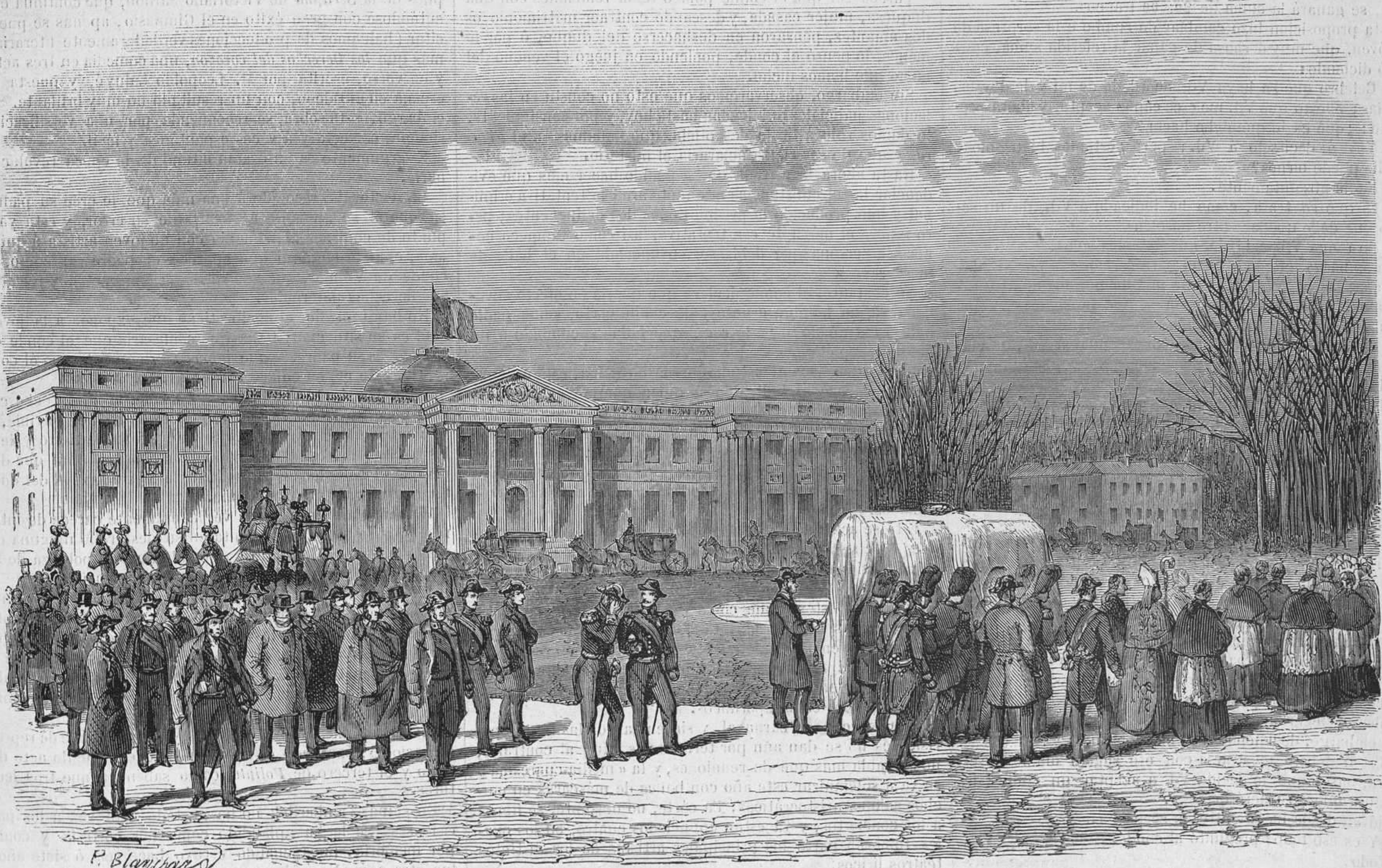
No es exageración, dice el *Journal de Bruxelles*, valuar en mas de cuarenta mil el número de las personas que acudieron á Laeken de dos leguas á la redonda.

R. DE M.



El príncipe real de Bélgica en su lecho de muerte.

quis de S. A. R. el duque de Brabante en la iglesia de Laeken. Las principales calles del pueblo, especialmente las de la carrera, estaban adornadas de banderas y emblemas de luto. Desde el amanecer se dispararon cañonazos cada media hora, y mas tarde cada cinco minu-



Exequias del príncipe real de Bélgica. — La comitiva fúnebre saliendo de palacio de Laeken.



serva siempre el artista su gran estilo, el estilo magistral de la buena época de los cantantes italianos.

Una gran función se anuncia ahora, y es la próxima ejecución de la Misa solemne inédita de Rossini, cuyos solos cantarán la Alboni y la Kraus con Nicolini y Agnesi. Esta reaparición de la Alboni, y en una obra de tanta importancia, tendrá todo el carácter de una solemnidad musical de primer orden.

MARIANO URRABIETA.

### Los obeliscos egipcios

Y EL SIMBOLISMO DEL VALLE DEL NILO.

(Continuación.— Véase el N.º 840.)

De los numerosos obeliscos que en otro tiempo adornaban la capital de Egipto, tres han quedado en pie en la parte meridional, donde había dos inmensos palacios cuyo antiguo origen recuerdan sus actuales nombres: Karnak y Louqsor.

El mayor de estos tres monolitos adornaba en el interior el peristilo del palacio de Karnak, comenzado por Thotmosis I en el siglo XIX antes de la era moderna. Su altura es de 30<sup>m</sup> 48 y no tiene más que una columna de geroglíficos con las leyendas del faraón Amenofis II. Cerca de allí se ven los restos enormes del segundo obelisco que de los indígenas explotaron para hacer piedras de molino.

El segundo obelisco de Karnak se eleva á la derecha de la entrada y tiene los cartuchos del fundador que se leen:

SCHAI	THOT-MOSI	SCHÉ	PH RA
Dominador	Engendrado de Thot	como el Sol.	

Una avenida de esfinges, en parte cubierta hoy por el cieno del Nilo, conducía en otro tiempo del palacio de Karnak al de Louqsor, comenzado por Amenofis III en el siglo XVIII antes de Jesucristo y terminado por Ramsés, como un siglo después.

Delante de la entrada del palacio de Louqsor se ve aun sobre su base primitiva uno de los dos obeliscos que mandó elevar Ramsés II; el otro ha sido trasladado á París.

El monolito que ha quedado en Louqsor tiene 25<sup>m</sup> 30 de altura y debe pesar 257,469 kilogramos. El que está en París en la plaza de la Concordia, descansaba como su compañero sobre un zócalo de granito, adornado con cinocéfalos de relieve, de los cuales hay una muestra en el Museo del Louvre.

Los dos obeliscos de Louqsor tienen en cada cara los cartuchos de Ramsés II que los hizo erigir. Los nombres del famoso conquistador están escritos en ellos con variantes que se hallan también en otros monumentos de su largo reinado y en las inscripciones de su tumba; mas los egiptólogos encontraron en esta variedad de cartuchos un pretexto para añadir un error á los que ya habían difundido, y declararon que las leyendas de los obeliscos de Louqsor pertenecían á dos faraones diferentes.

«Ramsés II, dice uno de estos sabios, mandó grabar sobre tres caras la columna del centro, y Ramsés III concluyó la obra de su predecesor.»

Es como si en Francia se hiciera de Carlos X el inmediato sucesor de Carlos IX.

Ramsés II, hijo de Sethi I, tuvo por sucesor á Mainephtat (el faraón del Mar Rojo, cuyo heredero fué Sethi II. Ramsés III, jefe de la XX<sup>a</sup> dinastía, subió al trono á mediados del siglo XIV, antes de la era moderna, y en su sarcófago, que está en el Louvre, se llama Ramsés hik-Pou (Regulador sagrado).

Ramsés Maiamoun, á quien llamaremos Ramsés II, y cuyo nombre significa *Hijo del Sol Amado de Amon*, se llama también en las inscripciones *Sesostori* (Hijo erigido del Criador), del que los griegos han hecho *Sesostri* y á veces *Amos* (Engendrado), *Bal-Emphre* (Rayo del Sol), etc. Comenzó á reinar á la edad de catorce años, en 1578, antes de la era moderna, y muy luego salió en persona contra los Hicsos que, á la muerte de su padre, habían invadido las provincias setentrionales de Egipto. En un papiro citado por M. Chabas se lee que no consiguió expulsar á los invasores sino al cabo de una guerra larga y sangrienta. Las inscripciones del obelisco de la Concordia mencionan igualmente este hecho capital y celebran sus resultados.

Al mismo tiempo que atacaba á los Pastores en sus últimos retiros, Ramsés debía rechazar las nuevas invasiones que se sucedían como las oleadas de un mar furioso, y esto explica las peripecias de la lucha que menciona el papiro Sallier, N.º 3.

Una inscripción da á los Hicsos el nombre de *Skarou* (destructor) y los compara con las langostas que devastaban el Egipto. Otras veces les llaman *Skoufi*, á causa de sus abominables costumbres. A cada invasión echaban abajo los templos y asolaban el país, y de aquí el odio que estalla en imprecaciones en dos de las caras del obelisco, y donde la embriaguez del triunfo respira espanto.

Libre ya Egipto de los Hicsos, comienza á levantar sus ruinas, como se ve en las inscripciones del obelisco de París, y pronto recobra su vuelo. De esa época ar-

ranca también la opresión de los hebreos que vemos en el *Exodo* obligados á construir plazas fuertes para el faraón (Cap. 1º, 11, 13 y 14), en tanto que los Hicsos cautivos, sometidos á un tratamiento más duro aun, trabajaban en las canteras y reconstruyeron en Tebas los edificios que habían demolido (1).

La ciudad de Ramsés que edificaron los hebreos, según el *Exodo*, se llama en un papiro, *Pei-Ramés-Maiamoun* (Casa de Ramsés-Maiamoun).

«He llegado á Pei-Ramés-Maiamoun, dice el escriba y la he hallado en buen estado. Los campos, regados, son feraces, los criaderos están llenos de peces y los graneros atestados. Cada día llegan naves que vuelven á salir cargadas de productos. El mar envía peces *behi* (2) y los tributarios traen en odres el licor *bak*. El vino de los viñedos y las bebidas dulces llegan por el río Souk-Api (3).

Este era el mejor sitio de la tierra de Gessen, como dice el Génesis (C. XLII, 6, 14), y el texto mosaico añade que la ciudad fuerte de Ramsés fué edificada por los hebreos en ese mismo distrito de *Jessen ó Gossen*, nombre que quizá proviene de *koi-necé* (campo de Isis) ó de *koi-scheni* (campos montuosos).

Como se ve en la relación bíblica, jamás los hebreos se confundieron con los egipcios y los Pastores durante su residencia en Egipto. Por consiguiente, tenían una religión é instituciones particulares, aunque parece resultar de ciertos pasajes del *Génesis* (C. XL, 8; y XLI, 16, 32, 38, 39), que las creencias fundamentales de los egipcios concordaban en el origen con las de los hebreos, ó por lo menos no diferían tanto como en los últimos tiempos (*Exodo*, c. V, 2 y VII, 26).

José, en el *Génesis*, dice á sus hermanos lo que debían responder al faraón cuando estuvieran en su presencia, á fin de que no los confundieran con los pastores que abominaban los egipcios (4).

Los descendientes de Jacob, aunque separados de los Hicsos, sufrieron el rechazo de su caída y fueron condenados á obras penosas, como ya hemos indicado; pero quedaron libres y dueños de sus ganados (*Exodo*, c. V, 11, 12, y c. X, 9). Los textos egipcios del tiempo de Moisés no les dan nunca las injuriosas calificaciones que aplican á los Hicsos (5). Reciben sus víveres todos los meses, como los soldados, y los oficiales que cuidan de su manutención pertenecen al pueblo hebreo. El *Exodo* (C. V, 14 15, y 19) designa también á estos oficiales cuyas funciones están explicadas en dos papiros egipcios. El nombre de pueblo que vemos en un papiro de Leyde se lee: *Heberiou* y no *Aperiu*, como han supuesto algunos sabios, es exactamente el nombre bíblico de los hebreos, *Heberi*, con la terminación del plural egipcio en *ou*.

Otro papiro dice: «Obedecí al mandato que me dió mi Señor, diciendo: Da el alimento á los soldados así como á los *Heberiou*, que transportan la piedra para el hijo del sol Ramsés-Maiamoun, al Sur de Menfis.»

El nombre que ofrece este papiro es hebreo, como lo prueba el signo que le acompaña, y se lee: *Kouisir*.

Una inscripción de la misma época, esculpida en las peñas de Hamamat y reproducida por M. Lepsius, hace mención de 900 carreteros hebreos que transportaban al mismo sitio materiales y provisiones bajo la dirección de Amenemham, jefe de los soldados y de los extranjeros, consignando además, que según las buenas intenciones de Ramsés, cada mes se entregaban alimentos á los carreteros del ejército y á los soldados.

Estas citas nos han parecido necesarias para dejar expedido el terreno histórico, y ahora continuamos nuestra relación en el punto en que la interrumpimos después de la expulsión de los Hicsos.

Libre ya Egipto se hace conquistador y somete á todos los pueblos que le rodean. La Palestina (en donde aun no habían entrado los hebreos), el Asia Menor y la Asiria caen á los pies del gran rey, para usar el lenguaje de los monumentos, y tienen que pagar tributo á Ramsés, quien deja colonias militares en todos los

(1) Inscripciones históricas del obelisco por la parte del puente de la Concordia. Las esculturas de una tumba de Tebas representan á los Hicsos, de quienes se hace mención en el obelisco, ocupados en reedificar el gran templo de Amon, cuyas ruinas se ven en Karnak, y la inscripción dice: *Cautivos traídos por Su Santidad para construir el templo del Padre Amon*. En un papiro del Museo de Turin, un funcionario que firma *Haia-Nofré* prescribe al Scheik *Ai* diversas disposiciones relativas á las obras del templo de Ramsés-Maiamoun.

(2) El pez que los egipcios llamaban *behi* se llama hoy *bechir* y se asemeja á la serpiente en su forma: su carne es blanca y muy delicada. Le pescan principalmente, como en la antigüedad, en las embocaduras del río.

(3) El Nilo, llamado también *Api-Mou* (el gran río). *Souk-Api*, significa el Río Grande.

(4) En su primera entrevista con sus hermanos, José fingió tomarlos por espías de los Pastores que venían á explorar el país (C. XLII, 9). Por consiguiente, se hallaba al servicio de un faraón egipcio y no de un rey pastor, como lo han decidido sin examen los modernos egiptólogos.

(5) La palabra *hik*, jefe de rebaño, director, en antiguo egipcio como en sanscrito se convierte después en un título real, mas sin perder su acepción primitiva, y así es que la hallamos en varias inscripciones aplicada á los árabes nómadas. Después de la expulsión de los Pastores, sirve para designar á los cautivos que dejaron en Egipto. En copto y en el texto hebreo del primer Evangelio, significa *demonios*. En las inscripciones egipcias se encuentra asociada con la palabra *sos*, que en la lengua de los faraones quiera decir *celadores*, pastores, y en el copto, su derivado: *pastores*, *destructor*, *infames*.

puntos importantes, y se asegura así para muchos siglos la posesión de la tierra de Cam.

Las inscripciones del obelisco exaltan las medidas preservadoras y las grandes obras subsiguientes á la gloriosa paz que el domador de los países bárbaros dió al universo emancipado.

Concluyó el palacio de Louqsor á mediados del siglo XVI antes de nuestra era, el año 32 de su advenimiento al trono (1).

Los obeliscos llamados de Louqsor fueron erigidos por la misma época, y las primeras inscripciones del que se halla en la plaza de la Concordia (lado de la Magdalena) nos muestran al gran rey ocupado en levantar sus plazas fronterizas, precisamente por la parte en que trabajaban los hebreos, y al pueblo ante el cual ha combatido, como un león sembrando el terror, simbolizado por un personaje de rodillas y con las manos levantadas en señal de acción de gracias. En cuanto á él, está figurado (columna medial) en el trono del Padre Amon, á quien representa en la tierra, y teniendo en la mano el látigo de tres correas, emblema de sus rigores contra los malvados.

En la misma cara que en Louqsor miraba hacia el Oriente, el Dios supremo promete á Ramsés una larga vida y un gran poderío. La misma promesa se repite en la cara del Sur, que mira hoy hacia Tullerías, y la inscripción histórica de la columna medial celebra el nacimiento de un heredero del trono. En un monumento del vigésimo año de su reinado, Ramsés aparece en compañía de su esposa, de sus dos hijas y de un mozo semita criado en su palacio. Es probable pues que en esta época aun no tenía hijos ó habían muerto.

La cara meridional que en Louqsor miraba á Occidente, fué grabada veinte años después de la anterior, como podríamos probarlo con numerosos testimonios recogidos en otros monumentos. Ramsés, que había llegado ya á una edad avanzada, se presenta con el sobrenombre de *Hijo del sol en el ocaso*, y el Dios supremo no le promete ya dilatados días como en las caras precedentes, sino la plena satisfacción del corazón.

Esta promesa se repite en la última cara que en Louqsor miraba al Norte. Ramsés, que había llegado ya á la decrepitud (murió á ochenta y dos años), se llama aquí el *Rey de reyes* y el *guardian* ó soberano de los años.

H. M.

(Se concluirá.)

### El Hércules.

Al ver el buque cuyo aspecto reproduce nuestro dibujo, muchos de nuestros lectores se sorprenderán cuando digamos que es una de las más formidables máquinas de guerra de la marina moderna; y seguramente, si al lado del Hércules hubiésemos representado un navio como el *Napoleon* ó la *Bretaña*, con sus formas monumentales, su imponente arboladura y sus ciento veinte cañones, mas de uno se negaría á creer, que no obstante estas ventajas, el navio de tres puentes sería el más débil. Y sin embargo, tal es la verdad, y una lucha lo probaría luego, pues el Hércules no tendría mas que correr á su enemigo para echarle á pique, abriéndole con su espolón, en tanto que las balas resbalarían por su armadura de hierro sin deteriorar en nada su superficie.

El Hércules es hoy el buque acorazado más poderoso que posee la marina inglesa. Botado al agua hace algunos meses, ha recibido ya sus máquinas y su artillería y ha hecho pruebas que han correspondido á las esperanzas de que era objeto.

Digamos ante todo algunas palabras sobre el armamento del buque. Destinado á traspasar las placas de blindaje de mas de veinte centímetros de espesor, los cañones que hoy usa la marina son de tal fuerza y de tanto peso, que un buque no puede llevarlos sino en muy corto número. El Hércules no tiene mas de catorce, pero ocho de ellos pesan cada uno 18 toneladas y descargan balas de ochocientas libras. Hállanse colocados en una batería central, cuatro del modo ordinario y cuatro en los ángulos de la batería, enfrente de portas abiertas muy oblicuamente en los flancos del buque, y así es que pueden tirar sobre un ángulo de 23 grados solamente con el eje del buque, ventaja inapreciable, pues permite alcanzar al enemigo en todas direcciones. Dos piezas de 12 toneladas cada una, colocadas á popa y á proa y otras cuatro de menor fuerza, completan este formidable armamento cuya andanada representa un peso total de 7.300 libras de hierro.

Los medios de defensa no son inferiores á los de ataque. La armadura no es de un grueso uniforme, sino que se compone de placas de hierro de seis, ocho y nueve pulgadas, y estas últimas rodean la quilla como con un cinturón, cuya anchura es de cinco pies debajo de la línea de agua y de nueve por encima. Esta coraza apoyada en una pared de madera de teck de cuarenta pulgadas de grueso, es capaz de resistir á to-

(1) Moisés podía tener entonces veinte y cinco años, y se hallaba hacia algún tiempo ya entre los Madianitas. Por consiguiente, no pudo ver los obeliscos de Louqsor, sino cincuenta y cinco años después, á su regreso á Egipto.

INSCRIPCIONES DEL OBELISCO DE LOUQSOR, Cara Sur, (lado del puente de la Concordia)

CUADRO DE LA OFRENDA. — LIBACION HECHA POR SESOSTRIS AL DIOS SUPREMO.

<b>Pentôri</b> El Regenerador	<b>nofré</b> benéfico,	<b>Râ-sol</b> sol	<b>ôn</b> vivo	<b>Sout-ém Phrâ-toun</b> elegido por el sol que da vida,	<b>Si-ré</b> Hijo del sol	<b>Amoun-maï</b> Ramsés amado	<b>Ramsés</b> de Amon,	<b>ata</b> donador	<b>oun</b> de vida	<b>tat</b> instituto	<b>sché</b> como	<b>Phrâ-el sol</b>	<b>ert-</b> hace una ofrenda pura	<b>oubaï.</b>

RESPUESTA DEL DIOS; FAVORES QUE CONCEDE A RAMSÉS.

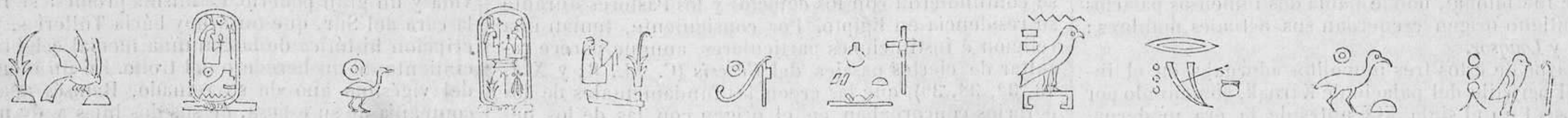
<b>Thot ati oun</b> Palabra se da	<b>nak</b> á tí	<b>sout-hi</b> dilatacion del corazon	<b>nak</b> á tí	<b>ên Amoun Ra</b> por Amon Ra	<b>poun</b> Ellos que están en	<b>opti</b> el pesebre	<b>naf.</b> de él	

COLUMNA DE LA IZQUIERDA — HOMENAJE A HORUS.

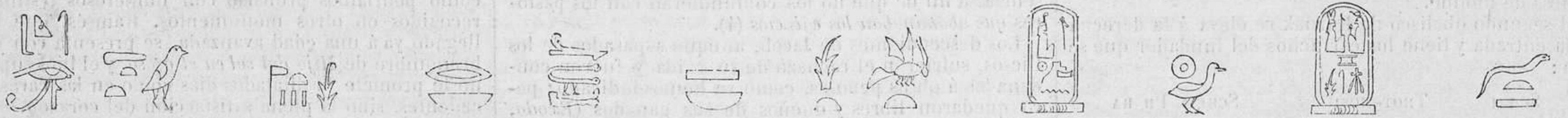


**Hârat-hi-hour** Delante de Horus, **Tôôr schai** poderoso dominador, **Tméi mou.** dispensador de la justicia.

INSCRIPCION HISTORICA.



**Psoutan api** El rey grande **Râ-ôn oura Tméi** **sout ém Phra-toun.** Sol vivo guardian de la Justicia elegido por el sol que da vida. **Si-Ré** Hijo del sol. **Amoun-Maï Ramsés** Maï-Amoun Ramsés. **Soutan toh** Rey sagrado, emanacion del sol. **Bal ém-Phra** Salvador glorificado **Sôn-teou** em to-bi sché hour mou ir-mâan de los dos mundos como alimentando Horus en su gloria. **tébair** el fervor **souhi-né.** de los altares.



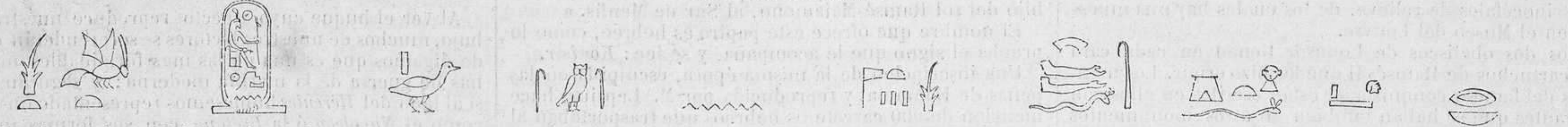
**Bal ém soukba pen-thôot** Hijo de Sébek el engendrado **ém-s utan Nétôri** del rey de los dioses **er-nabi** para dominar **kéi schtaho** y contener **to nim** el mundo entero **soutan api** el rey grande **Râ-ôn oura-Tmei sout** **Si-Ré** hijo del sol **Amoun-Maï Ramsés** Maï-Amoun Ramsés **toten.** llamado

COLUMNA MEDIAL — HOMENAJE A HORUS.



**Hârat-hi hour** Delante de Horus **Tôôr schai** poderoso dominador, **ousor** protector **kéi sont.** y vengador.

INSCRIPCION HISTORICA.



**Psoutan api** El rey grande, **Râ-ôn sout-ém-Phrâ-toun** sol vivo elegido por el sol que da vida, **si** hijo **smos** engendrado **ên** del **Psoutan Nétôri** Rey de los dioses **schaif** que ha hecho elevar **hi naf tat** el asiento estable, **hira-tho** encima del mundo **er-naba.** para gobernar,



**Kéi schtaho** y contener **to nim** el mundo entero **rôki** libertado **naf** por él **hir afsmoun taf naa** y le ha constituido su Grande **er-smonk** para hacer reedificar la casa del padre de las glorificaciones eternas **peí-tou** **né téouri** destruida por los Hicsos. **sat** **ên-hiksos** El hizo erigir **ir-af-hir** en el barrio meridional **hem opti sart.**



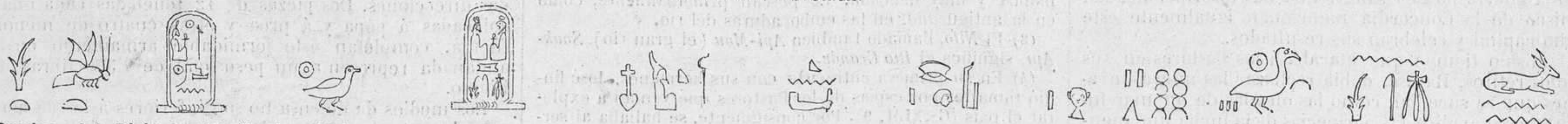
**ên-tou** del padre **sat** quemado **en Hiksos,** para **hem** **téou** glorificar **ir-naf** la obra de él **Psi-ré** el hijo del sol **Amoun-maï** Méiamoun Ramsés **oun** vida **ata.** dando

COLUMNA DE LA DERECHA. — HOMENAJE A HORUS.

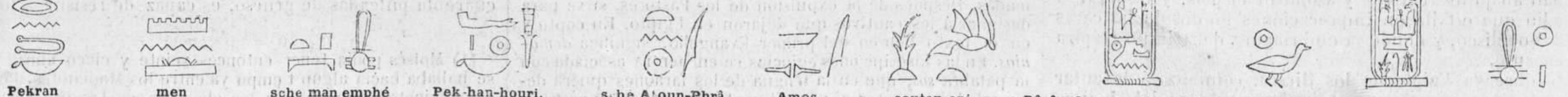


**Hârat hi hour** Delante de Horus, **Tôôr schai** poderoso dominador, **Amoun-Râ Mon.** dispensador de Amon-Râ.

INSCRIPCION HISTORICA.

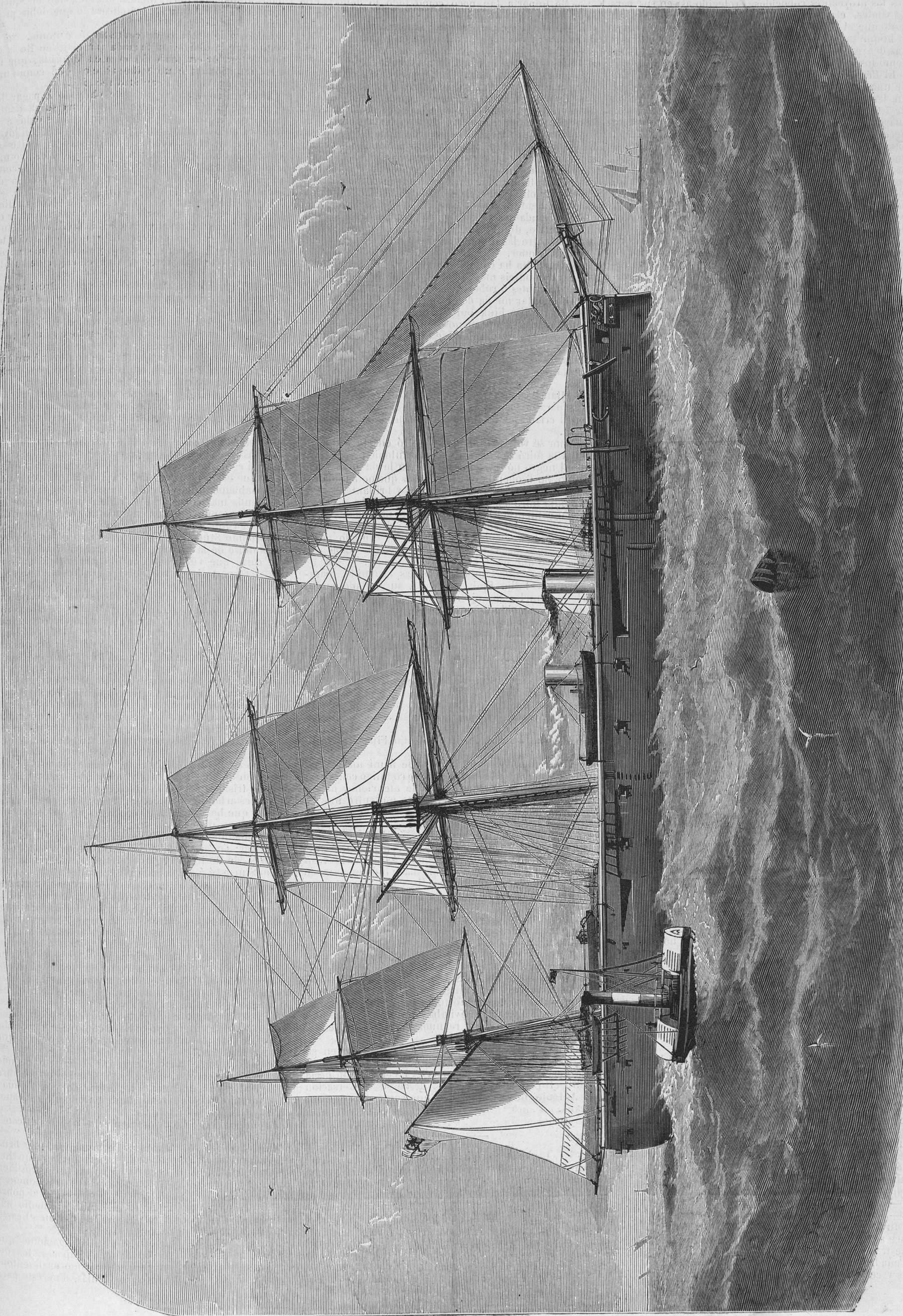


**Psoutan- Api** El rey grande **Râ-ôn Oura-Tméi sout** **Si-Ré** Hijo del sol **Amoun-Maï Ramsés,** Maï-Amoun Ramsés, **hik nofré** regulador benéfico **kan** director **schara** delante **pho** la faz **né hihou** de los que dominan **baïri** las almas piadosas **ên-misaïs** de la tierra favorecida **oun.** Será



**Pekran** de tí el nombre **men** durable **sche mân emphé** como el lugar del cielo, **Pek-han-houri.** De tí el número de días **s. he A'oun-Phrâ** como el sol que da vida O Engendrado **Amos** **soutan api** Rey grande **Râ-ôn Oura-Tméi sout ém** **Ph râ-toun.** Sol vivo, guardian de la Justicia, elegido por el sol que da vida, **Si-Ré** Hijo del sol **Amoun-Maï Ramsés** Ramsés Amado de Amon **sché Phrâ.** como el sol.





El *Hércules*, navío acorazado de la marina inglesa.

dos los proyectiles conocidos. Protegido así en sus partes vitales, el *Hércules* es realmente invulnerable, en tanto que el *Bellerophon* considerado hasta ahora como el buque mas fuerte de la escuadra inglesa, sería incapaz de resistir á los proyectiles lanzados por cañones como los que componen su propio armamento.

El *Hércules* lleva una hélice que funciona por medio de una máquina de 1,200 caballos nominales, pero que en las pruebas ha desarrollado una fuerza efectiva de 7,000 caballos vapor. Ocho calderas, calentadas por cuarenta hornos, suministran á los cilindros el vapor necesario; este, despues de haber producido su efecto, pasa á unos condensadores alimentados por dos bombas que dan cada una 60 toneladas de agua por minuto; los tubos que guarnecen estos condensadores, colocados en fila, formarían un largo total de cerca de 15 kilómetros. Estas máquinas, de una ejecución maravillosa, han sido fabricadas en los talleres de MM. Penn é hijos, y son capaces de dar al buque una capacidad de cerca de 23 kilómetros por hora.

El peso total del aparato motor, comprendiendo las calderas, se eleva á cerca de 1,400 toneladas, cifra en la cual figura el hélice por 23 toneladas; la coraza representa un peso de hierro de 1,480 toneladas; la artillería pesa como 540 toneladas, y el buque lleva además una provision de 600 toneladas de combustible.

En vista de tales cifras ¿no parece que se haya llegado á los últimos límites de lo posible, y no se podría creer que el *Hércules* representa el tipo superior en materia de construcciones navales? J. B.

### Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

Las relaciones de Antonio con el enfermo llegaron á ser tan poco satisfactorias que era necesaria una gran dosis de paciencia para sostenerlas. Cada día el baron se veía obligado á oír á los campesinos, que para justificarse contestaban á sus preguntas: *El señor Wohlfart lo ha mandado, ó el señor administrador no lo ha querido*. Buscaba todas las ocasiones de contrarestar con sus órdenes las que había dado Antonio: toda la animosidad y el rencor que abrigaba el desgraciado baron en su alma, se concentraron en un sentimiento de odio contra el pobre Wohlfart.

Fink se ocupaba ahora muy poco del baron; cuando observaba sus disputas con Antonio, fruncía silenciosamente las cejas, y todo lo mas llegaba á decir: Esto debía suceder. El que estaba en mejor predicamento con el baron era Carlos. Este no le hablaba jamás sin llamarle mi coronel, y hacia resonar militarmente sus talones uno contra otro cuantas veces le refería alguna cosa: el anciano lo oía y esto le agradaba. La primera muestra de interés que el baron dió á los extraños fué para su mayordomo. Un banco del jardín se había desunido con el ardor del sol y estaba próximo á caer. Carlos vió el banco al pasar y lo derribó de un puñetazo.

—¿A lo menos creo que no habreis pegado con la mano derecha, querido Sturm? preguntó el baron.

—Como viene, mi coronel, contestó Carlos.

—Pues eso no debiais hacerlo, dijo el ciego; una herida como la vuestra exige cuidados. La gangrena se presenta muchas veces algunos años despues, y vos no tenéis una seguridad de que no os pueda suceder mas adelante.

—Vivir alegremente y morir como cristiano, mi coronel, dijo Carlos, es mi único cuidado; yo no me ocupo del porvenir.

—Este es un hombre muy útil, dijo el baron á su hija.

Las espigas empezaban á secarse, y su verde tinte se trasformaba en amarillo dorado: los alegres trabajos de la siega empezaron. Cuando la primera carreta entró en la granja, Antonio estaba allí vigilando la descarga. Leonor se acercó á él.

—¿Qué tal va la cosecha?

—Este año las apariencias no son malas. A lo menos Carlos está satisfecho del número de gavillas; me parece que el fruto es mayor del que habíamos previsto, contestó Antonio con aire gozoso.

—¿Parece que eso os causa alegría, Wohlfart? dijo Leonor.

—La alegría es general para todos en la granja, lo que podeis conocer en la actividad de los labradores. Hasta los perezosos trabajan con noble ardor. Pero el móvil de mi alegría es tambien vuestra pregunta. ¿Os habeis vuelto tan indiferente respecto á la granja y á todo lo que concierne á la propiedad?

—Pero no para vos, dijo Leonor inclinando la vista.

—Vais á caer enferma, continuó Antonio con viveza. Si tuviera derecho, os reprendería por haber, desde hace algun tiempo, pensado tan poco en el cuidado de vuestra salud. Vuestro caballito se ha vuelto pesado en la cuadra; Carlos se ha visto obligado á montar algunas veces para que no pierda la costumbre de correr.

—Me importa tan poco como todo lo demás, dijo Leonor, yo no volveré á montarle. Tened compasion de mí, Wohlfart; me parece con frecuencia que mi ánimo desfallece: todo me es indiferente en el mundo.

—¿Qué es lo que os ha hecho tan insensible, señorita? dijo una voz burlona detrás de ella.

Leonor se estremeció. Fink, que había estado ausente mas de una semana, se acercó á ellos.

—Es menester que procureis despedir á Blasius, dijo á Antonio sin ocuparse mas de Leonor; el bribon está borracho; castiga á los caballos con tanta dureza que los pobres animales están llenos de mataduras. Yo me he sentido tentado á dar una satisfaccion á los pobres animales abofeteándole en su presencia.

—Ten paciencia hasta que termine la recoleccion, contestó Antonio; ahora no podemos reemplazarle.

—Y por otra parte ¿no es un buen hombre? preguntó tímidamente Leonor.

—La bondad es un título acomodaticio que se da á todo lo malo, dijo Fink. Entre los hombres esto se llama bondad, entre las mujeres sensibilidad.

Miró á Leonor.

—¿Qué falta ha cometido vuestro pobre poney para que no le monteis mas?

Leonor contestó ruborizada:

—El montar me da dolor de cabeza.

—¡Pseh! dijo Fink burlándose, en otro tiempo teniais el mérito de ser menos delicada; yo no puedo decir en manera alguna que ese estado lacrimoso os pueda ser muy favorable, y que os hará pasar el dolor de cabeza.

Leonor se volvió hácia Antonio con el corazon oprimido:

—¿Han llegado los periódicos? Había venido á pedirlos para mi padre.

—El criado los ha llevado al cuarto de la señora baronesa.

Leonor se volvió saludando y entró en el castillo.

Fink la miró al alejarse y dijo á Antonio:

—El negro no le sienta bien: eso le da un aspecto extraño. Su fisonomía es una de esas que no agradan si no están realzadas por colores vivos y brillantes.

Antonio miró á su amigo con aire sombrío.

—Tu comportamiento con Leonor, no puedo menos de confesarlo, ha sido durante estos últimos días tan sorprendente que con frecuencia me ha causado pena. Yo no sé si lo haces con intención, pero la tratas con un despego que no la ha herido solo á ella.

—¡Es decir que tambien tú te has resentido, maestro Wohlfart! dijo Fink, y miró á su irritado amigo abriendo mucho los ojos. Yo no sabia que fueses la dueña de esa noble señorita.

—Esa burla no es una respuesta, contestó Antonio con mas calma. Yo sostengo que tratas con poquísima delicadeza á un noble carácter que ahora reúne mayores derechos á tu respeto.

—Ten la bondad de atestiguarle por tu parte ese respeto, y no te inquietes por lo que yo pueda hacer, dijo Fink secamente.

—¡Fink! exclamó Antonio, yo no comprendo tu conducta; verdad es que no muestras por eso gran cuidado.

—¿Te has apercebido de ello? dijo Fink interrumpiéndole.

—No, repuso Antonio, por lo que á mí toca personalmente; siempre te has mostrado conmigo como eres en el fondo de tu corazon, lleno de atencion y nobles sentimientos; pero precisamente por eso sufro mas de lo que puedes figurarte, cuando te veo tan cambiado respecto á Leonor.

—Entonces, déjame obrar libremente, contestó Fink; cada cual tiene su modo de espantar pájaros; permíteme solo que te diga de paso, que si á tu señorita Leonor no se la arranca de esa malhadada indolencia, todo lo mejor que se advierte en ella se lo llevará muy pronto el diablo. El poney no puede influir en nada ni tú tampoco, pobre muchacho, con tu doliente compasion. Con que así, dejemos marchar los sucesos. Hoy parto para Rosmin; ¿tienes que hacerme algun encargo para allá?

Aun cuando esta conversacion no enfriara la amistad de los dos jóvenes, no obstante, Antonio conservó de ella un penoso recuerdo. Sufria en silencio por las imperiosas maneras de su amigo, y observaba con inquietud todos sus encuentros fortuitos con Leonor.

Fink no la buscaba ni evitaba su presencia. Las tertulias de familia no se reanudaron á la vuelta del otoño.

Quando Fink estaba en la propiedad, comia en su cuarto con Antonio, y no veía nunca sino por casualidad á Leonor. Entonces se advertía en el ademan de la joven cierto embarazo, y Fink, desde su conversacion con Antonio, no la trataba mas que como una persona extraña.

Antonio mismo se vió obligado á examinar su propia situacion. Aun cuando pusiera gran cuidado en no tratar con el baron de asuntos desagradables, había sin embargo uno del que no podía tardar mas tiempo en hablarle, y era tratar de la liquidacion de las deudas de su hijo.

En efecto, poco tiempo despues de la muerte del joven teniente había llegado al castillo gran número de cartas incluyendo notas de sus proveedores. Leonor las había entregado á Antonio, y este las había remitido

todas al abogado Horn, incluso la obligacion de Sturm, para que las examinara y le indicase lo que debía practicar.

El abogado acababa de contestar á Antonio. No le ocultó que la obligacion firmada por el joven Rothsattel al cargador era tan defectuosa en la forma, que no sería admitida ante un tribunal mas que como una carta de pago por una cantidad recibida.

El baron no estaba legalmente obligado á pagar las deudas de su hijo. Estas ascendían á una suma demasiado crecida para que pudieran ser pagadas todas á la vez. Antonio mismo había prestado al pródigo joven mas de ochocientos escudos. Cuando sacó de entre sus papeles la obligacion firmada por Eugenio, estuvo mirando largo rato su retrato. Con esta suma había comprado el derecho de relacionarse con la familia de Leonor.

Y ¿qué había ganado? Entonces había sido cuestion de honra para él ayudar á su noble amigo á salir de apuros; ahora reconocía cuánto había facilitado al aturdido oficial, con su desgraciada condescendencia, los medios de pedir dinero prestado, y volvió á meter con aire sombrío su propio crédito en el cajón de su bufete.

Con el corazon lacerado solicitó una entrevista con el baron. A la primera mencion que se hizo de su hijo, el baron se sintió vivamente conmovido, y como Antonio en su solicitud nombrara brevemente al teniente por su nombre de pila, el padre herido en su orgullo le interrumpió enfurecido:

—Os invito á que os abstengais de nombrar á mi hijo con tanta familiaridad en mi presencia: vivo ó muerto, es siempre para vos el baron de Rothsattel.

Antonio contestó conteniéndose á duras penas:

—Eugenio, baron de Rothsattel, ha hecho durante su vida una cosa como contraer deudas por cuatro mil escudos.

—Eso es imposible, contestó el baron.

—Las copias legalizadas de pagarés y letras de cambio, así como la simple vista de los documentos originales que están en poder del abogado Horn, atestiguan irrecusablemente la veracidad de mi aserto. En cuanto á la deuda mas considerable, la de mil novecientos escudos, no se puede poner en duda ni por un momento la entrega íntegra de toda la suma, pues el padre del mayordomo Sturm, que es el que hizo el anticipo, es un hombre de la mas reconocida probidad. Además, en una carta que vuestro señor hijo me dirigió en otro tiempo respecto á eso, reconoce positivamente esta obligacion.

—¿Teniais, pues, conocimiento de esas deudas, exclamó el baron, cuya cólera crecía por momentos, y me lo habeis ocultado? ¿Es esta vuestra fidelidad tan cuidadosa?

Antonio tuvo á bien explicar los detalles circunstanciados de todo el negocio, pero el baron por eso no se refrenaba.

—Hace mucho tiempo que he reconocido, exclamé este en el colmo de su cólera, que obráis en todo siguiendo las inspiraciones de vuestra propia autoridad. Os aprovechais de mi enfermedad para arrogaros el derecho de disponer de mi fortuna. Contraeis deudas y las dejais contraer; cobrais mis rentas y me dais la cuenta que bien os parece...

—No digais una palabra mas, señor baron, dijo Antonio con entonada voz. La compasion que me inspira vuestro triste estado es lo único que me impide daros la contestacion que mereceis. Pero para probaros lo mucho que he simpatizado con vuestra desgracia, me esforzaré en olvidar vuestras injuriosas palabras. En este momento, no exijo de vos mas que una formal declaracion: ¿quereis reconocer ó no las deudas del difunto M. de Rothsattel? ¿quereis dar á vuestro mayordomo Sturm, ó á su padre, una garantía legal?

—Yo no quiero hacer nada de lo que me exigís con un tono tan absoluto, contestó el baron fuera de sí.

—Entonces es inútil que prolonguemos por mas tiempo esta enojosa entrevista. Os ruego, señor baron, que penseis el asunto con madurez antes de adoptar una resolucion definitiva. Tendré el honor de volver esta noche á oír de vuestra boca la determinacion que hayais tomado, y me complazco en creer que para entonces el sentimiento de justicia que os anima se habrá sobrepuesto á un mal humor que no me siento dispuesto á tener que sufrir segunda vez.

Al pronunciar estas palabras salió del aposento del baron, y desde afuera oyó todavía como este derribaba una silla y desahogaba así su cólera en los objetos que tenía cerca de sí.

Apenas Antonio había llegado á su cuarto cuando Juan, el fiel, servidor, se presentó pidiendo en nombre del baron los documentos y los libros de contabilidad que Antonio había guardado hasta entonces en su aposento.

Antonio entregó silenciosamente los papeles al consternado servidor.

Estaba despedido, despedido de la manera mas brutal. Se dudaba de su probidad. La ruptura era un hecho consumado. Aun cuando el baron tuviera á bien cambiar de opinion, y Antonio sabia que la baronesa y Leonor conseguirían sin gran trabajo inspirar al pobre enfermo mejores sentimientos, no había ya medio hábil para que permaneciera por mas tiempo en el castillo. Debía partir forzosamente.

Fueran de la clase que fuesen las obligaciones que pudiera haber contraído con aquellas señoras, los deberes que tenía que llenar consigo mismo eran entonces mas imperiosos que todos los demás. Fué este para

él, un momento lleno de amargura, y paseándose enfurecido por su aposento, sentía que en la ofensa que se le había inferido se encerraba también para él un castigo merecido.

Si su conducta había sido desinteresada é irreprochable, los sentimientos entusiastas que le habían hecho entrar en la familia de Rothsattel no habían podido establecer entre él y el baron los lazos que existen entre el dueño y el servidor.

No era su libre albedrío, ni una resolución tranquila y meditada la que le había puesto en contacto, sino el concurso de circunstancias y acontecimientos inesperados y la misma exaltación de nuestro joven héroe. Antonio podía haber alimentado pretensiones superiores al puesto que había aceptado y el baron sentirse en una posición mortificante por su inferioridad.

Antonio se vió interrumpido en sus reflexiones por Leonor que entró precipitadamente en su aposento.

— Mi madre desea hablaros, dijo. ¿Qué resolución habeis adoptado, Wohlfart?

— Es indispensable que parta, dijo Antonio fríamente. Jamás hubiera imaginado que podría encontrarme en la necesidad de separarme de vos cuando vuestro porvenir está tan poco asegurado. Nada en el mundo me hubiera podido decidir á alejarme de aquí antes de entregar la administración del dominio en manos mas experimentadas; pero desgraciadamente lo único que podía obligarme á dejaros ha tenido lugar...

— ¡Partid! exclamó Leonor fuera de sí. Todo se desploma en derredor nuestro. Esto no tiene remedio y vuestros esfuerzos no pueden salvarnos. Partid, y abandonad á los que están condenados á su ruina.

Cuando Antonio entró en el cuarto de la baronesa, la encontró tendida en el sofá.

— Sentaos á mi lado, señor Wohlfart, dijo en voz baja. Ha llegado el momento oportuno de hacer os una revelación que tenía reservada para los últimos instantes que debiéramos pasar juntos, en los que debemos usar uno con otro una completa franqueza. A consecuencia de su enfermedad, el baron se halla en un estado tal de irritabilidad que no le deja comprender la noble abnegación de vuestros desinteresados servicios. Vuestra presencia no hace mas que agravar su mal de día en día. En su cólera ha herido vivamente vuestra delicadeza para que sea posible una reconciliación. Desde hoy vuestra presencia aquí no sería una humillación solo imaginaria, sino real, positiva. Nosotros mismos, aun cuando pudiérais olvidar vuestro ultraje, miraríamos el sacrificio que deberiais hacer como demasiado grande para poder aceptarlo.

— Mi intención es salir lo mas pronto posible de este dominio.

— Yo no puedo reparar la falta de que mi marido se ha hecho culpable respecto á vos, pero deseo facilitar os ocasión de tomar venganza del baron de una manera digna de vos. El señor de Rothsattel ha atacado vuestro honor; el desquite que yo, su esposa, os ofrezco, es que procureis salvar el suyo.

Hasta aquí había hablado tranquilamente en el tono de una conversacion familiar. Pero en este momento se detuvo algo confusa y le costó trabajo continuar.

— Hace algunos años, el baron contrajo una obligación, y en un momento de arrebató faltó á su palabra. Las pruebas de ese hecho desgraciado, segun todas las probabilidades, se hallan en manos de unos miserables que se aprovecharán de ese secreto para perderle. Si os revelo en este momento tan triste negocio, es para probaros de qué manera considero las relaciones que os unen con nuestra casa.

Sacó una carta de debajo de la almohada.

— Con esta carta, pongo en vuestras manos la fortuna del baron y el porvenir de su familia. Si alguien puede impedir á sus perseguidores que hagan uso contra él de esta arma fatal, sois vos, y si es todavía posible devolver un poco de calma á su trastornado espíritu, vos lo hareis.

Alargó la mano y Antonio recibió la carta.

Antonio se acercó á la ventana y reconoció con sorpresa la letra de Ehrenthal. Se veía que una mano temblorosa y una imaginación trastornada habían conducido la pluma. En un momento de lucidez, el pobre hombre, que había vuelto, por decirlo así á la infancia, recordaba su posición con respecto al noble deudor. Temiendo perder sus capitales, le hablaba de documentos robados y reclamaba su dinero haciendo amenazas. Todo esto iba mezclado con las quejas y lamentos sobre su propia debilidad y la perversidad de los hombres.

Lo que no dejaba comprender lo confuso de la carta, se encontraba explicado por la copia de un documento, sacado probablemente de un borrador redactado por el baron de acuerdo con Ehrenthal, porque este decía en la carta que el original estaba de letra del baron y que haría uso de este documento en perjuicio suyo.

Antonio dobló la carta y dijo:

— Señora baronesa, no debeis inquietaros absolutamente por las amenazas que acompañan á la copia de la obligación. La minuta no va acompañada de la firma del baron, y por muy oscura que sea por otra parte la carta de Ehrenthal, no hubiera dejado de mencionar en ella esa firma si existiera en realidad. Además, la suma cuyo reembolso podría reclamarse no es muy considerable.

— Y ¿creeis que en esa carta se dice la verdad? preguntó la baronesa.

— Yo lo creo así, dijo Antonio, y por ella vengo ahora en conocimiento de muchas cosas que hasta aquí no había comprendido.

— Yo sé que en esa carta hay un fondo de verdad,

dijo la baronesa en tono tan bajo que Antonio apenas oyó sus palabras. De qué modo he adquirido lentamente esta convicción, no debo explicarlo en este momento. Al pronunciar estas palabras sus megillas se coloraron débilmente. Y vos, señor Wohlfart, ¿quereis encargarnos de hacernos entrar nuevamente en posesión de los papeles robados? preguntó incorporándose.

— Sí, señora, contestó Antonio con gravedad. Pero son muy débiles mis esperanzas. Hasta ahora el baron no tiene ningun derecho sobre los créditos robados que pertenecen á Ehrenthal, y ante todo será menester entenderse con él respecto á este particular. Eso no será fácil. Además yo no sé todavía darme cuenta por completo de este negocio, y temo mucho que vos también os veais obligada á comunicarme todo lo que podais descubrir respecto á ese robo.

— Yo procuraré escribiros, dijo la baronesa. Indicadme por medio de preguntas concisas lo que os convenga saber y yo os contestaré lo mejor que pueda. Sea el que quiera el resultado de vuestros pasos, os lo agradezco en el fondo de mi corazón. Si hasta aquí nos habeis mostrado una abnegación sin límites, os queda todavía una gran prueba que darnos. En cuanto á la deuda que nuestra familia ha contraído con vos, jamás podremos pagárosla; pero si la bendición de una moribunda puede arrojar alguna dulce claridad sobre vuestro porvenir, la mia os acompañará.

Antonio se levantó.

— No nos volveremos á ver, dijo la enferma; en este momento os doy mi afectuoso y solemne adios. Sed dichoso, Wohlfart; esta es la última vez que nos vemos en este mundo.

Antonio se inclinó lleno de emoción sobre la mano que ella le tendía y despues de un profundo saludo salió del aposento.

Sí, la baronesa merecía ser tenida por una noble dama. Tenía grande elevación de alma, y el juicio que formaba de los demás no era el de un espíritu débil ni mezquino. La manera con que compensaba el celo de Antonio, tenía algo de distinguido y verdaderamente noble. A sus ojos, había llevado siempre peluca blanca y hebillas de plata.

A la caída de la tarde se dejaron oír en el corredor los pasos de Fink. Inmediatamente despues entró en el cuarto de su amigo.

— ¿Me dirás, Antonio, qué es lo que ocurre en la casa? Juan parece que quiere ocultarse á las miradas de todos, como si hubiera roto el jarro de porcelana mas precioso, y la anciana Babet no hace mas que lamentarse y retorcerse las manos.

— Me veo obligado á salir de esta casa, dijo Antonio con aire sombrío; he tenido hoy una escena muy desagradable con el baron.

Le contó lo que había ocurrido, refirió de su conversacion con la baronesa todo lo que podía repetirse sin indiscreción, y terminó con estas palabras:

— Jamás la posición de la familia ha sido tan desesperada como en este momento. Sería necesario lo menos un capital de veinte mil escudos para salvarla de una nueva crisis.

Fink se echó en una silla.

— Ante todo, espero que te habrás aprovechado lo menos posible de la magnífica ocasión que te se presentaba de encolerizarte. Respecto al baron no diré nada, porque no tiene la conciencia de sus actos, y hablándote francamente, este acontecimiento no me sorprende. Era ya de prever que aconteceria una cosa semejante. Yo he estado aguardando todo el verano este desenlace de las relaciones sentimentales en que vivias. Es claro que como factotum y confidente de esas señoras, tu presencia es indispensable, y por mi parte no puedo menos de añadir que tu repentina partida me contraría singularmente y es un estorbo para la realización de algunos de mis proyectos. Pero ante todo, dime, ¿qué es lo que piensas hacer?

— Yo partiré lo mas pronto posible para la capital, contestó Antonio. Tendré que ocuparme allí durante algunos meses de los negocios del baron de Rothsattel. Mi servicio en el castillo cesa desde hoy; en seguida que sea vendida la propiedad de la familia, consideraré como rotas las obligaciones morales que he contraído respecto á esta casa.

— Está bien, dijo Fink, este es asunto terminado. Si escribes todavía la menor palabra á estas gentes, tú no debes hacerlo mas que con entera independencia y por simpatía. Pasemos á otro punto, y es que Rothsattel por sus necesidades se encuentra en visperas de una nueva crisis, porque sin tí, la casa no podrá subsistir mas allá de un mes. Fijemos ahora la cuestión, maese Antonio. ¿Qué es lo que hay que hacer aquí?

— Todo el día lo he estado reflexionando, contestó Antonio, y puedo asegurarte que no lo sé. Solo hay un medio posible, y es que tú mismo te encargues de la parte de mis obligaciones de que Carlos no pueda verificarlo.

— Te doy gracias, dijo Fink, por tu confianza y por este amable ofrecimiento. Dirigir los negocios de un loco que no está todavía bajo curatela, es declararse loco á sí mismo. No te incomodes, amigo mio: tú has sido bastante tonto para hacerlo, pero yo no me siento con fuerzas suficientes para ello. Al cabo de ocho días me hallaría forzosamente en la necesidad de maltratar á ese pobre hombre. ¿No puedes darme otro consejo?

— Ninguno que yo sepa, dijo Antonio. Si no te pones

al frente de este dominio con tu poderosa energía, todo lo que hemos organizado este año quedará perdido, y nuestra colonia alemana perecerá. La propiedad caerá probablemente en las manos de los colaterales del antiguo propietario, que tienen la principal hipoteca sobre el dominio, y la danza polaca volverá á empezar con mayores bríos.

— Eso es verdad, dijo Fink.

— Y tu, Fritz, continuó Antonio, por nuestras mútuas relaciones te has visto impulsado también á emplear tu dinero en esta propiedad; por lo tanto tú también corres riesgo de sufrir pérdidas.

— Justo, dijo Fink, hablas como un libro. Pero tú te vas y me dejas en el atoladero y rodeado de inválidos. ¿Sabes qué pienso?... Aguárdame un momento; voy primero á decir algunas palabras á Leonor.

— ¿Qué piensas hacer? dijo Antonio deteniéndole.

— No tengo ningun deseo de hacerle una declaración amorosa, contestó Fink riendo; puedes estar seguro de ello, simplon.

Llamó al criado y le mandó que suplicara de su parte á la señorita Leonor tuviera á bien concederle una pequeña audiencia.

Cuando Leonor entró en el salon con los ojos enrojecidos por el llanto y dueña apenas de sus facultades, Fink salió cortésmente á su encuentro y la condujo al sofá.

— Yo me abstengo, dijo, en vuestra presencia de toda observación sobre lo que ha ocurrido hoy aquí. Demos por sentado que es mas ventajoso para vuestra familia que mi amigo vaya á residir á la capital en lugar de permanecer por mas tiempo en el castillo. Lo que hay de cierto, es que Wohlfart parte pasado mañana.

Leonor ocultó su rostro entre las manos. Fink continuó con frialdad:

— Mis propios intereses están en juego y debo pensar en tener garantías para la posición que me he creado aquí. Hace ahora algunos meses que permanezco en este dominio y he empleado en él algunos capitales. Por este motivo os ruego que tengais la amabilidad de encargarnos cerca de vuestro señor padre de una comisión que estoy seguro habeis de desempeñar perfectamente. Tened la bondad de decir al señor baron que estoy resueltamente dispuesto á comprarle su propiedad.

Leonor se estremeció, se levantó de su asiento, y torciéndose las manos exclamó:

— ¡Otra vez!

(Se continuará.)

## El Zorro.

No en la actitud que tiene en nuestra lámina, se acostumbra á ver al zorro. Diríase que es un filósofo que medita ó un lazzarone que espera la deseada hora de la siesta.

Pero no hay que engañarse. El filósofo velludo, el lazzarone de poblada cola, si en algo medita, si algo anhela, es apropiarse el bien ajeno.

Está tendido de lado, con una de las patas doblada, el rabo inerte, en un sitio claro, en medio del sol, abandonado á la pereza. Y sin embargo, su indolencia no dista tanto, como podría creerse, de una de sus virtudes favoritas, que es la vigilancia. La oreja no descansa, y ningun ruido se oye en la selva sin que adivine la causa.

Echemos una ojeada por entre esas rocas cubiertas de musgo á la sombra de esa espesura, y veremos detrás del zorro, esa cavidad abierta, ese negro agujero que desaparece debajo de la tierra. Hay unas ruinas que defienden su aproximación, y unas malezas que le disimulan á los ojos del guardabosque.

Esto puede explicarnos el recogimiento del zorro.

Con efecto, se halla delante de su madriguera, á la puerta de su domicilio, y si se penetrase en ese asilo campestre, colocado siempre en el corazón de los bosques, en el sitio mas salvaje, seguramente se descubrirían en él toda clase de restos, en los cuales un naturalista entendido reconocería todo lo que queda de una legión de gallinas y de patos, de liebres, conejos y faisanes. No es una casa, es un depósito de huesos.

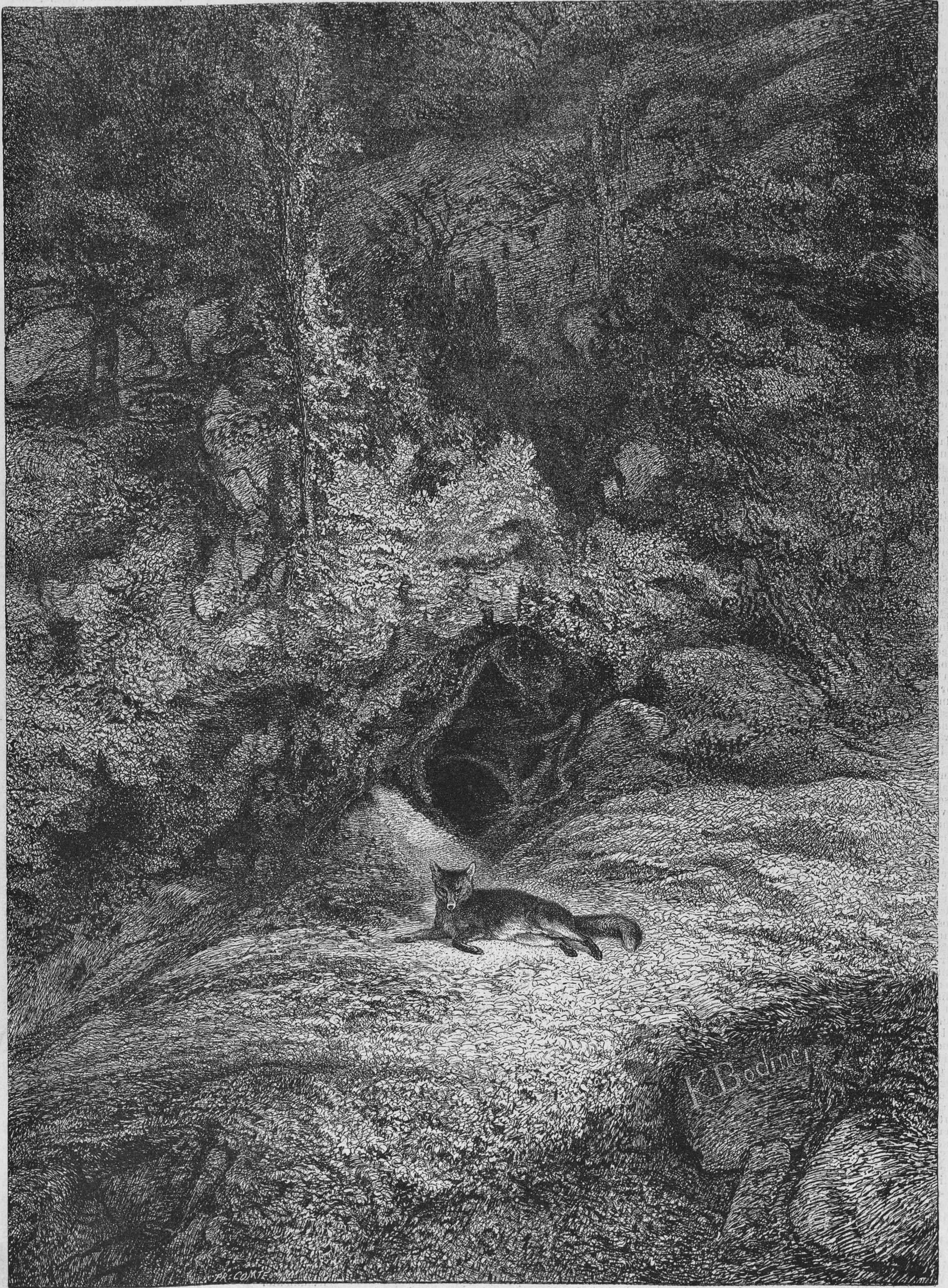
Y allá en el fondo, en la tierra pelada, hay toda una cria de zorros siempre hambrientos, esperando con la boca abierta al padre ó la madre que han salido en busca de provisiones.

Peró hé aquí que llega la mañana. Una luz resplandeciente alegra la verde profundidad de los bosques: el zorro vuelve de su cacería; toda la noche se ha deslizado en silencio en torno de los caseríos, á lo largo de los senderos, por allí donde juega el conejo, al través de los sitios en donde duerme la perdiz, y conquistada la presa, se la trae á los hijos.

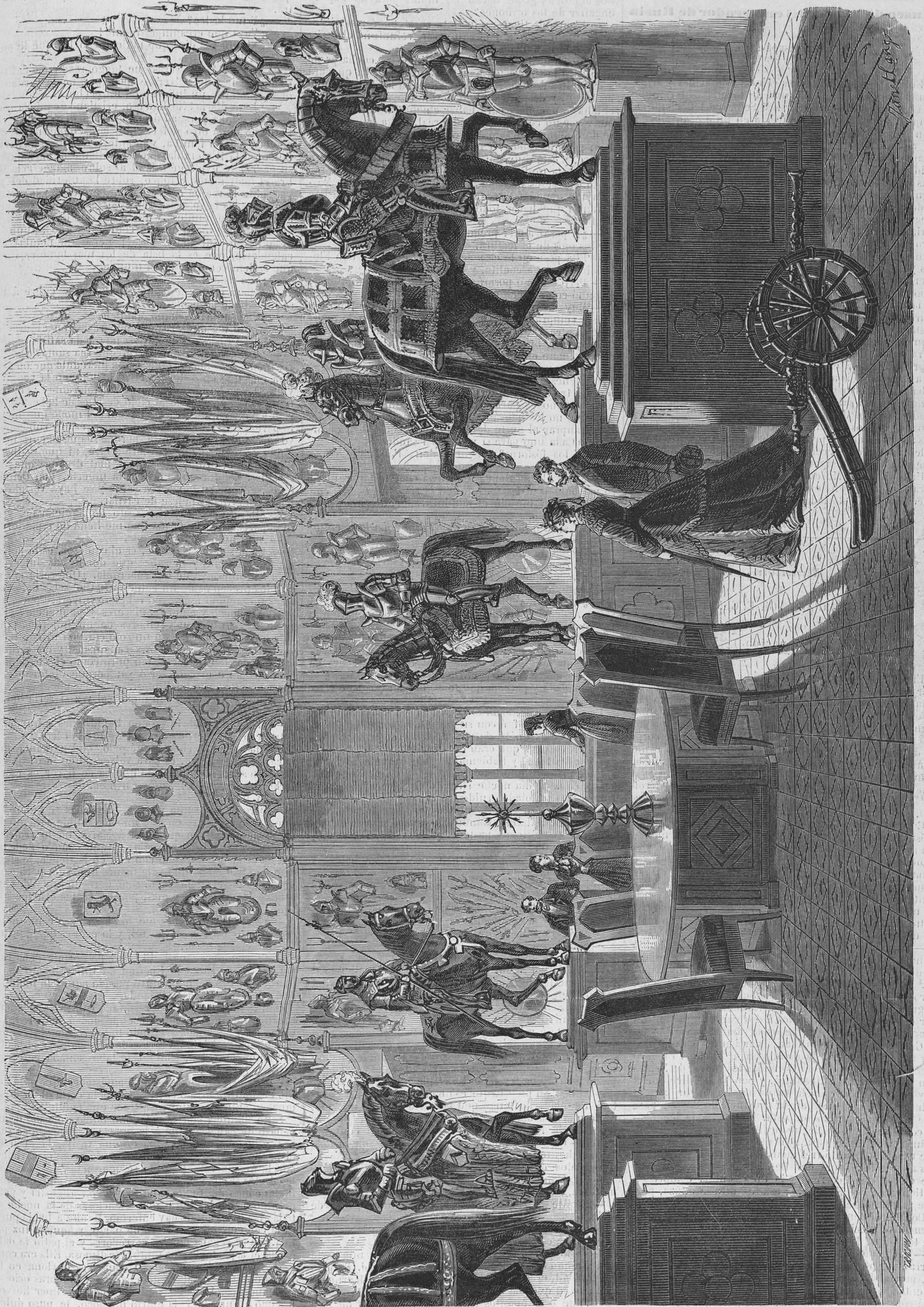
Ahora descansa: no ha perdido su noche, y si los ladrillos del perro no le dicen que su pista está descubierta, esperará otra vez las tinieblas para volver á entrar en campaña.

Su conciencia nada le echa en cara: ha cenado perfectamente.

A. A.



EL ZORRO. — Agua-fuerte de Bodmer.



RUSIA. — El Museo de las Armaduras en Tzarsoe-Selo.

James G. Thompson

1887



la probó y se la llevó al enfermo, al cual dijo con dulce y agradable voz:

— Tome, don Demóstenes, bébase esta agüita, pero bébasela con fe, y no deje nada en el vaso.

— Mil gracias. Siento que te hayas molestado.

— No me molesté, don Demóstenes; la cocí con mucho gusto: lo que deseo es que le haga provecho.

Se tomó don Demóstenes el agua; le preguntó después de qué era, y la caritativa joven le contestó:

— Es agua de una ramita de toronjil de la huerta, y de dos clavelitos de los que traen los indios al mercado, que me los encimaron hoy en donde compré las cucharas de palo. Arrótese y estése quieto, y verá cómo se alienta.

Don Demóstenes se sonrió, y este fué el primer síntoma de su mejoría. Una sonrisa en los tiempos comunes no tiene mérito; pero una sonrisa recabada de los labios que han pronunciado la maldición de los celos y que han protestado contra el amor, es una conquista de un mérito infinito.

— Dios quiera que amanezca bueno y que no vuelva á enfermarse, dijo Manuela á su huésped, y se fué á acostar.

Don Demóstenes se alivió muy pronto, bien fuese por virtud del agua ó por los consejos de su casera, logró dormir las últimas dos horas de la madrugada, y cuando se levantó, pensó en estrechar su amistad con la familia del Retiro, se fortificó hasta donde pudo en la idea de que Clotilde lo tenía cautivado, y se dedicó á pensar en sus ojos negros, y cuando venían á rivalizarlos en su imaginación los azules de Celia, desechaba la imágen como un bello fantasma que lo venía á atormentar. Ayudábanle á conjurar este recuerdo los pasatiempos de la escopeta, los viajes á las estancias de las bellas hijas del pueblo, y el ajedrez y las damas en la casa del cura; hizo una segunda visita sin baquiana á la hacienda del Retiro, y aunque se perdió en el camino, y aunque no pudo hablar á solas con la señorita, sus miradas le parecieron consoladoras, y su misma dignidad le pareció un buen presagio para sus amores.

XII.

LA ESMERALDA.

Después de exhibir el cuadro del mercado, en que figura una carta de Celia, ahora se nos hace preciso variar de teatro, para presentar al lector la hacienda de don Alfonso Jimenez, en la Sabana de Bogotá, y así mismo dar noticia de toda su familia que mas tarde ha de figurar en los cuadros de la parroquia.

Don Alfonso Jimenez era vecino de Bogotá, donde tenía su tienda de comercio, y en la sabana poseía una bonita hacienda. Don Alfonso era conservador; pero nunca se dejaba meter en los compromisos de la política, porque para evitarlos montaba en su caballo y se iba á la hacienda, cuando sospechaba que sus partidarios lo necesitaban, aunque no fuese sino para dar su voto en las elecciones; y por lo que hace á compromisos pecuniarios, todos los excusaba, para que no lo persiguieran los enemigos de su partido. Sin embargo, nada le valió para librarse de que le expropiasen setenta novillos gordos, diez caballos de silla y dos arrendatarios en la revolución del general Melo.

La casa que tenía en Bogotá el señor Jimenez era suntuosa, y estaba construida de una manera acomodada al buen gobierno de la familia. Las casas de Bogotá no tienen mas que una sola entrada, que no se abre sino después de unos cuántos golpes en el porton, y no son registradas por las ventanas, porque estas son muy altas por el lado de la calle. Esto contribuye en gran parte á la educación moral de la familia. Tal costumbre pertenece á los usos retrógrados de la colonia; pero en ello no hicieron nuestros antecesores mas que seguir la naturaleza, porque las golondrinas y los gorriones también precaven la familia menuda de la vista de los gatos y de los hombres, buscando lugares ocultos para sus nidos.

En la casa de don Alfonso, que era un verdadero convento, se criaban tres hermosas niñas, que fueron educadas segun los usos del alto tono y con toda la modestia de unas vestales: llamábanse Celia, Felisa y Virginia. La madre que tuvo la dicha de conducir tales hermosuras al punto céntrico de la virtud, por en medio de los peligros de la sociedad, fué la señora Natalia Moreno, muy digna esposa de don Alfonso. El tema de su enseñanza era la piedad y el recato. Ella les recomendaba que se portasen con dignidad, y para esto les tenia escrito de su propia mano un manual cuyos principales capítulos eran los contenidos en este catálogo:

- I. No exhibirse demasiado.
- II. No abusar de los privilegios de la coquetería.
- III. No dejarse tratar de sus apasionados, como ellos tratarían á las mujeres de mala nota.
- IV. No reirse sino de lo que es risible.
- V. No quererse distinguir demasiado por el lujo de los trajes.

Don Alfonso tenía la costumbre de llevar la familia á su hacienda de la Esmeralda en junio y julio y en enero y diciembre, épocas de cosechas. En 1856 se fueron desde el 18 de mayo, porque se hablaba de la conveniencia de derrocar el gobierno existente por una revolución á mano armada.

Las señoras encontraron la Esmeralda convertida en una joya del mayor aprecio, después del invierno de abril. Los potreros de cria estaban verdes completamen-

te, merced á la exuberancia y á la frescura de las grammas, y habia uno de color amarillo anaranjado, por estar cubierto de las flores de la pacunga, á causa de haberse barbechado dos años antes. Las cercas de piedra y de cepos demarcaban las líneas de los solares. El trigal era un horizonte de verdura, pues constaba de cien cargas de semilla, y la undulación de los vientos lo hacia figurar como un mar cuyas olas se mecen con poca fuerza. Los potros retozaban en un potrero por la doble causa de la juventud y de la gordura. Los ganados mugían, satisfechos del alimento diario.

El órden brillaba en todas las cosas. Los peones efectuaban las operaciones del campo con gusto, con actividad y con acierto.

Como la casa estaba situada en la parte menos llana de toda la hacienda, dominaba los potreros, los caminos y las estancias, lo cual era una verdadera ventaja para las señoritas Jimenez, las cuales tenían un anteojo de muy larga vista para reemplazar la ventana de Bogotá, y aunque con alguna distancia, ellas suplían la vista de la calle con la del camino provincial, que pasaba á treinta cuerdas de la casa por entre un callejon de cercas de piedra y tapia. La casa no era de balcon, lo cual no la privaba de las comodidades ni de la belleza de una verdadera casa de campo, estando como estaba sobre un terraplen artificial de dos varas de altura. El ancho corredor del frontispicio daba sobre las corrales de ordeñar vacas y apartar animales y uncir los bueyes para el trabajo. En los costados habia corredores que daban sobre los alfalfaes; y las hortalizas estaban sombreadas por nogales, manzanos, duraznos y algunos sauces en las orillas de los arroyos.

El patio estaba sembrado de ciruelos y rosales, y los corredores que servían de salon de las harneadoras, estaban vestidos con las ricas enredaderas de las huertas del país.

El comedor ocupaba todo el tramo que separaba dos patios muy hermosos, y en lugar de estar cerrado por tabiques, lo estaba por unos bastidores de vidrios adornados exteriormente con enredaderas. El centro del primer patio lo ocupaba un alcaparro eternamente amarillo por estar siempre floreado. A las señoras las visitaban hacendados, estancieros, parroquianos, y todos estaban contentos de su trato, que por cierto era afable sin dar margen á excesiva familiaridad. Algunas personas de Bogotá las solían visitar; y entonces tenían la precaucion de no dejarse mezclar en las cuestiones miserables de la política, ni en las rivalidades del lujo y de otras miserias de la sociedad. Sus trajes eran sencillos, porque ellas no se proponían deslumbrar á los lugareños. Cuando salían á las estancias ó á las haciendas vecinas, iban con sombreros de palma, de los que usaban las arrendatarias. Parecía que las señoras Jimenez no salían de Bogotá sino por librarse de la tiranía del alto tono, como los colegiales que se libentan en el asueto de los reglamentos y los bedeles.

Un día vió Virginia que se habia desviado un jinete del camino provincial para dirigirse á las casas de la Esmeralda; puso el anteojo con la presteza con que lo hiciera un ayudante de campo, y vió que iba sin ruana, y después de largas observaciones alcanzó á ver un perro, y dió el aviso, que á la verdad no produjo inquietud ni alanes, porque la escoba habia hecho sus oficios á las horas debidas, y las criadas no estaban mugrientas, ni los trastos en revolución. Solamente una persona habló alarmada, cuando se conoció el personaje: Celia, que amaba, y cuando se ama no hay órden en el corazon, porque todos los pensamientos se ponen en anarquía. El que llegaba era don Demóstenes.

Don Demóstenes estaba admitido como novio en la casa, y un novio nunca es mal recibido en estos tiempos. Se quitó el caballero los zamarros y las espuelas en el corredor, subió las seis gradas del terraplen, y saludó con finura y cortesania. Dió todas las memorias de que se habia encargado, y les dió á las señoras las principales noticias de la ciudad con relacion á la política de la Nueva Granada, que ya es indispensable en todas las reuniones.

Cuando don Demóstenes preguntó por don Alfonso, le dijeron las señoras que estaba en la sementera de papas, y lo convidaron á ir hasta allá.

Don Demóstenes llevaba de brazo á Felisa y Celia; en pos de ellos iba la señora Natalia con Virginia, y mas atrás la criada Crisanta con un canasto engarzado en el brazo. Los salones, pablos y alamedas no habrían tenido para don Demóstenes todo el atractivo de aquel retazo de sabana que pisaba, matizado con las flores de la achicoria y de la moradita, sin testigos, sin las importunidades de la etiqueta, sin ruidos de atambores, carros ó martillos, oyendo solamente algun mugido de la vaca que llamaba su ternero, ó el silbido de algun llanero ó chirlobirlo; el aire estaba perfumado con las exhalaciones de las flores de borrachero, que venían desde media milla de distancia, y el cielo estaba enteramente despejado.

Después que los dos amantes hablaron de la desgracia de una separacion por dos meses, teniendo don Demóstenes que marchar á una parroquia del Occidente, Celia le dió su retrato con un rizo de pelo, al detenerla don Demóstenes para entregarle un ramillete que acababa de formar.

Crisanta se habia quedado muy atrás, á tiempo que se acercaban algunas reses corriendo en direccion á la familia, bramando terriblemente, sacando la lengua y despidiendo hebras de babaza que brillaban como los hilos reventados de las arañas. El susto de don Demóstenes fué sin igual, no viendo por allí cerca una trinchera, donde librar á las señoras del mal que las ame-

nazaba, sino una zanja profunda llena de agua, que separaba el llano por donde se caminaba, del potrero donde estaba la sementera. Hasta la orilla corrieron las señoras y el caballero sin mirar para atrás; entre tanto que los bramidos crecían y que todas las vacas del potrero se estaban viniendo desde sus comederos, con el objeto de auxiliar á las primeras.

— No hay mas remedio que arrojarnos al agua, les decia don Demóstenes á las señoras que llevaba de brazo.

— ¿En esta agua tan fria? le contestó Felisa, llena de espanto.

— Es seguro que no nos cubrirá del todo.

— ¡No las bote su merced! gritaba Crisanta, que llegaba corriendo á libertar á las señoras del peligro verdadero.

— ¿Y los toros? observó Virginia, mirando hacia atrás.

— Qué toros ni qué pan caliente; ¿no ve su merced que todas son vacas?

— ¡Cómo! dijo Felisa.

— ¿No conoce su merced la Petaca, la Toronja y la Sobrecama, que son las que ordeña su merced algunas veces?

— ¡De veras! dijo Celia.

— ¿Y por qué nos vienen persiguiendo? dijo don Demóstenes.

— No es á su merced, ni tampoco á mis señoritas; es al perro Ayacucho. Eso lo saben hasta los bobos, que cuando hay vacas paridas de ternero chiquito en el potrero, se vienen encima del perro que las amenaza, y como el señor Ayacucho, hecho el buenazo, se fué corriendo detrás del becerrito de la Paloma, por esto se ha ofrecido esta revolucion. ¿No ve su merced que no nos tiran á nosotras?

— ¡Ave María! ¡Cuando nosotras ordeñamos á la Petaca y la Sobrecama casi todos los días!

Sin embargo, las vacas no deponían la rabia y parecía que trataban de sacar ensartado en los cuernos al cobarde Ayacucho que estaba asilado á la sombra del traje de su señorita Celia; pero Crisanta las espantó tirándoles pedazos de boñiga seca.

Siguieron las señoras en busca del puente y la puerta de golpe, y pronto llegaron á la parte del potrero, donde se estaban cosechando papas. Eran mujeres las que trabajaban, pero habia tres ó cuatro peones para hacer las cargas y echarlas sobre los carros. Entre las peonas habia unas pocas arrendatarias de «La Esmeralda,» y la mayor parte eran de los sitios vecinos. El traje general de las personas era de bayeta de frisa azul, y de sombreros de trenza de palma; pero habia algunas de mantilla de Castilla y de sombreros finos de los que llevan las estancieras del Magdalena. Las peonas eran sesenta; cogían de dos en dos en cada surco, arrancando los palos secos, y luego juntando á manotadas las papas que aparecían, y botándolas á los canastos de chusque, y al estar recogidas las que la tierra brotaba por encima, escarbaban el surco con palos de tuno ó encenillo, que tenían mucho mas de dos cuartas de largo, y volvían á recoger de nuevo, hasta dejar la parte del surco allanada, y pasaban á las matas que se seguían. Casi todas las peonas tenían mangas de tela blanca hasta la muñeca.

Cuando estaban llenos los canastos, se levantaban las dos compañeras de un surco á trasladar las papas de estos á los costales que se hallaban al pié de los carros.

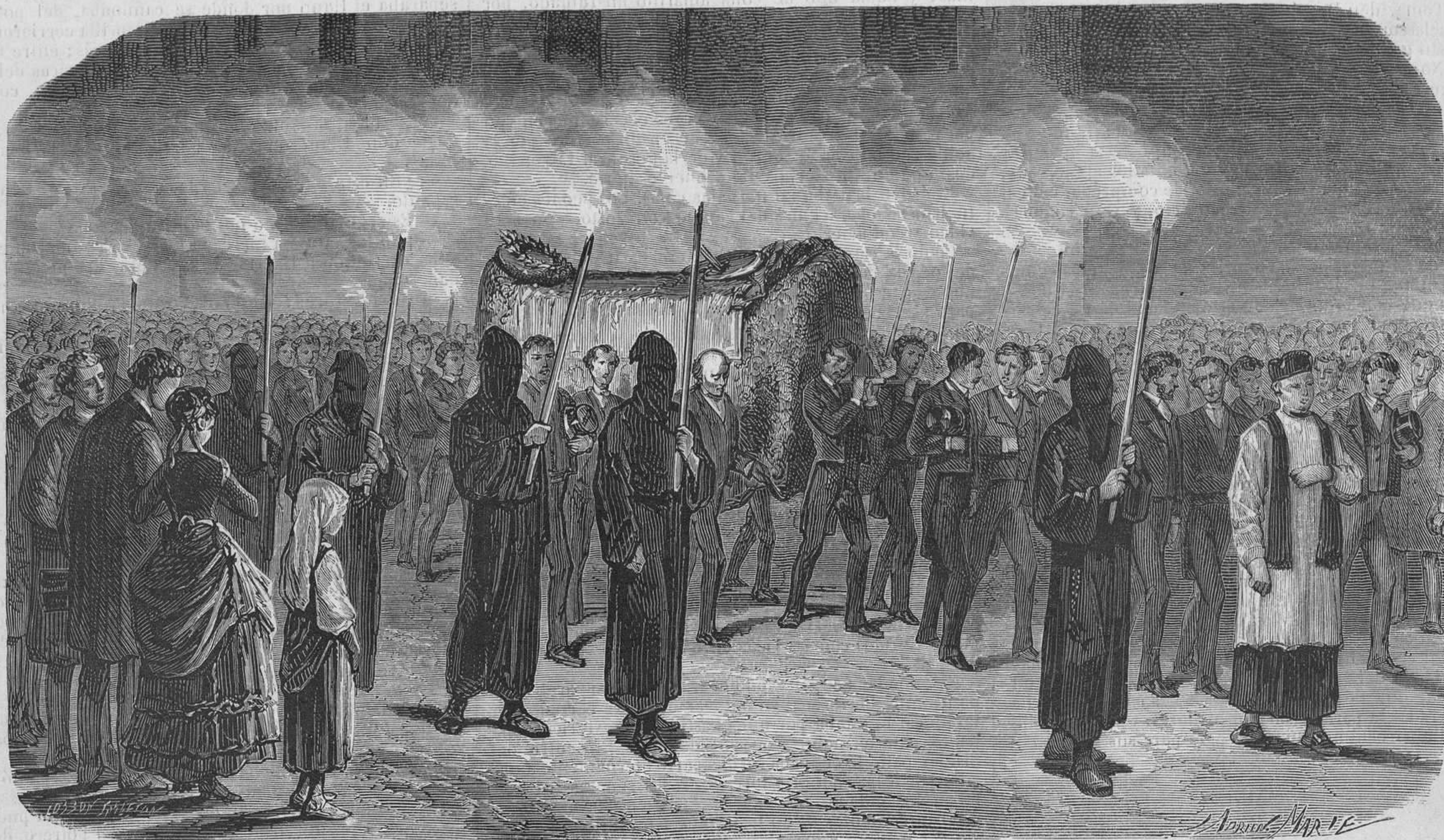
Entre los trajes de las peonas, algunos sobresalían por el mejor gusto y aseo, y eran infaliblemente los trajes de las peonas bonitas, porque la hermosura se hace distinguir tanto en la capital como en las aldeas. Habia muchas personas blancas, y de un blanco perfecto; y habia una que otra india, pero ni una sola que tuviese trazas de pertenecer á la raza africana. Un mayordomo vigilaba los trabajos; pero tenia órden de don Alfonso de dejar algo para el rastreo, y así era que al terminarse la operacion venían los pobres de las estancias y de la parroquia, y llevaban papas por cargas; de manera que hubo año en que se sacaron de los rastros ciento cincuenta cargas de papas.

Don Alfonso estaba á caballo cuando llegó don Demóstenes con la familia. Saludáronse los dos caballeros, y desmontándose de su famoso alazan el hacendado, mandó que lo amarrasen de un palo de la cerca.

Las señoras se dividieron y fueron, unas á coger amapolas silvestres en las orillas de la labranza, y otras á ver coger papas mas de cerca. Don Demóstenes y el dueño de la hacienda miraban las operaciones desde alguna distancia.

Después de la vista general de todo el cuadro, presentaremos á nuestro lector la escena de un solo surco. Se habian adelantado dos cogedoras algo mas que toda la cuadrilla, y estas eran muy amigas, segun la igualdad con que cogían las matas, y segun los ademanes con que acompañaban sus conferencias.

Hablaremos de cada una por separado. La una era blanca, de la raza española mas pura, y la otra india muy bien caracterizada; la blanca tendria diez y ocho años, y siendo de un cuerpo regular, tenia un pié tan chico, tan pulido y tan rosado que llamaba la atencion á Celia y Felisa, quienes la observaban á diez pasos de distancia. La cara de la peona era muy perfecta y estaba sonrosada como si llevase colores postizos; el traje era el comun de las peonas sabaneras, pero mas fino, porque tenia un sombrero bastante grande que parecia nuevo, y cuando se levantaba todo la mantilla de bayeta fina sobre la espalda y se ponía de pié, se descubría su limpia camisa con regulares adornos y un buen pañuelo cobijado, y en estas operaciones se conocían ó



Entierro de César Fracassini en Roma.

se calculaban todas las perfecciones de un cuerpo esbello, muy comun, sin embargo, en esas sabaneras robustas que á los cuarenta años de edad se pueden confundir con las muchachas de veinte. Era perteneciente á una de tantas familias que hay en los pueblos del Norte y nordeste, en donde se encuentra la belleza del tipo latino tan á la vista como si se caminase por una de las provincias de España. Sin embargo, hay gentes que llaman indios á los de estos sitios, sin detenerse á contemplar las facciones y el pelo, y en los hombres la barba; pero nosotros si nos detendremos á considerar por algunos momentos que algunas de las personas que así clasifican, tienen mucho mas determinadas las señales de ser indios ó mulatos, á pesar del esmero con que se conserva el cutis en la ociosidad de la corte ó de los grandes pueblos. La peona de que hablamos se llamaba Francisca Rubiano, y su compañera Dolores Gacha.

Dolores Gacha era india pura, y cualquiera la hubiera conocido como tal, por su color bronceado, su pelo liso y corto, sus ojos pequeños y tristes, y por un rezaño de la pronunciación nacional de los muisca, que todavía se nota en los pueblos de la Sabana. Estas dos amigas conversaban y se reían sin desatender su trabajo; pero Dolores reía menos, porque no era tan bulliciosa como su compañera. Juntas se levantaron á llevar sus canastos, habiéndose dilatado un poco mas Francisca en volver, porque Dionisio el carretero parece que la detenía con galanteos. Francisca llegó riéndose al lado de su compañera de surco, y junto con ella redoblaron sus esfuerzos, pronto llegaron al extremo, y cuando el mayordomo estaba lejos, aprovecharon unos minutos para conversar lo que sigue:

—¿Qué tal le parece el cachaco? dijo Francisca á Dolores.

—¡Bueno! pero se me pone que está queriendo á una de las señoritas y que ella también lo quiere.

—¡Horaaa!

—¿Y qué hay para que no?

—Pero de mi sia Celia no saca astilla el cachaco.

—¿Se casarán?

—¿Luego yo qué le digo?

—¿Y por qué dice Vd. que la señorita también lo quiere?

—Porque el amor de las señoras se conoce como el amor de nosotras las pobres.

—Y mas, algunas veces; pero los cachacos están muy resabiados para casarse.

Llamaron á comer; todas las peonas sacudiéndose el polvo, y arreglándose los sombreros y mantillas, se salieron á una orilla que estaba tupida de grama, al lado de los cepos de la cerca que guarnecía toda la sembradura. Allí estaba un costal con mogollas, la totuma y un

zurrón de cuero con chicha; entre el carretero y Francisca repartieron el licor muisca, y el mayordomo repartió las mogollas. Las peonas se habian sentado formando corrillos, y con una sola totuma se sacaba la chicha para cada uno de estos corrillos, girando en contorno sin que dejasen las sabaneras de hacer sus críti-

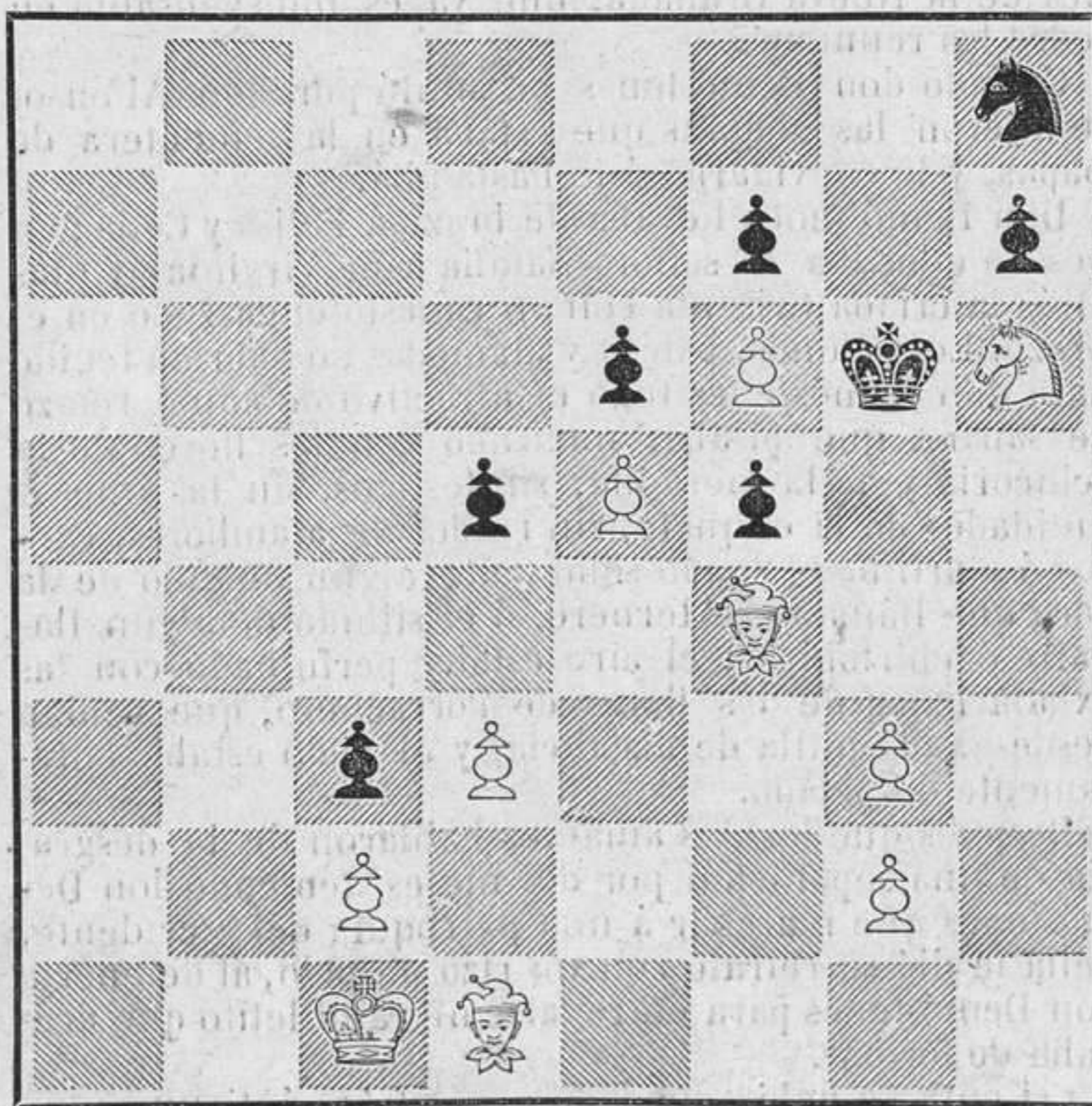
**Problemas de ajedrez.**

Solucion del número 280.

- 1 C 6ª ARª R 5ª Rª
- 2 R 4ª R R toma C jaque
- 3 Rª 5ª Rª jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 281, POR M. DISCART.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

cas y sus burletas con risa general del amable círculo; además les repartieron unos platos de papas, pues don Alfonso no era hombre que temiese quedar pobre por darles á su peonas un palito de papas de las mismas que la tierra le brindaba con tanta abundancia.

Las señoras habian visto con atención á Francisca y á Dolores, porque eran las mas notables de la peonada, y Celia dijo á Felisa:

—¿Qué te parece la indiecita?

—Graciosa; pero muy triste.

—Y mas triste se pusiera si llegara á entender que esa tierra que revuelve con las manos era de sus mayores, y que la conquista de los reyes y la usurpación de los republicanos ha pasado á manos de los blancos.

—¡Pobres indios!

(Se continuará.)

**César Fracassini.**

El 13 de diciembre último Roma ha perdido en la persona del joven pintor César Fracassini, uno de los artistas que mas se habian distinguido en estos últimos tiempos. Habiendo estudiado en la escuela de los grandes maestros, César Fracassini supo elegir desde luego una buena via, y con mano firme y segura de si misma, se creó un talento que en poco tiempo se ha afirmado por medio de composiciones de una espontaneidad y un carácter muy notables.

Sus principales obras son las siguientes:

La pintura de los telones de los grandes teatros de Argentina y Apolo en Roma; la « Derrota de los godos por Belisario, » que pintó para la ciudad de Orvieto, donde fué recibido en triunfo el vencedor de los Bárbaros, cuadro que le colocó en primera línea entre los artistas de Roma, y el « Martirio de los católicos en Flandes, » obra que fué muy celebrada en Roma el año último.

Trabajaba ahora en unos grandes frescos de la basílica de San Lorenzo, situada fuera de la ciudad, cuando la muerte le vino á sorprender en el principio de su carrera: César Fracassini apenas tenia treinta años.

El dibujo que damos en esta página representa su entierro cuando pasa cerca del Panteón. Los miembros de las Academias, del Panteón, entre los cuales se habia contado el joven artista, los representantes de las letras, las ciencias y las artes, tuvieron á honor pagar un tributo de estimación y cariño al joven pintor cuya muerte deja un vacío en el mundo artístico de Roma.

E. H.